



**UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA
DE MÉXICO**

FACULTAD DE ESTUDIOS SUPERIORES ZARAGOZA

**CONCEPTOS RACIALES EN EL MÉXICO DE FINES DEL
SIGLO XIX Y PRINCIPIOS DEL XX.**

T E S I S

QUE PARA OBTENER EL TITULO DE:

B I Ó L O G O

P R E S E N T A:

FABIOLA JUÁREZ BARRERA

DIRECTOR DE TESIS: DR. A. ALFREDO BUENO HERNÁNDEZ



México D. F.

Mayo 2011.



Universidad Nacional
Autónoma de México

Dirección General de Bibliotecas de la UNAM

Biblioteca Central



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

RECONOCIMIENTOS

-Deseo manifestar mi reconocimiento al apoyo recibido del proyecto DGAPA/PAPIIT IN 401110, para la realización de este trabajo.

-A los miembros del jurado, Dr. A. Alfredo Bueno Hernández, M. en C. David N. Espinosa Organista, M. en C. Carlos Pérez Malvárez, Biól. Marco Antonio Hernández Muñoz y Biól. Guadalupe Bribiesca Escutia, cuyas observaciones, comentarios y sugerencias fueron fundamentales para dar forma a este trabajo.

DEDICATORIAS

A mis padres, Margarita y Rafael, gracias por ayudarme a concluir una parte de mis estudios, saben que los quiero mucho y éste logro también es suyo.

A mis hermanos, Aldo, Octavio y Maira, los quiero mucho cuando tenga trabajo les compro algo.

Doc. Alfred, le agradezco por ser la persona que le dio rumbo a mi vida académica y que además me ha enseñado a ser una mejor persona, le agradezco también por su amistad, apoyo y por transmitirme una parte de su vasto conocimiento, gracias por ser el motor y guía para la elaboración de este trabajo, lo quiero y estimo mucho.

A mis amigos profesores. Prof. David y Carlos gracias por sus sabios consejos y por brindarme su amistad; los quiero, respeto y admiro. Prof. Marcos, gracias por el tiempo dedicado a enriquecer mi investigación con sus sabios consejos. Profa. Lupe, gracias por sus correcciones en este trabajo y por la amistad que hemos logrado tener a lo largo de estos años, te quiero nena.

A mis amigas del museo: Guadalupe (Lupe), Itzel (La Chikis) y Jonathan (Toño, Chino, Güera). Gracias a ustedes me la pase súper en el museo y les agradezco mucho por ser mis amigas y brindarme siempre toda su confianza. Aunque a veces me odien yo las quiero mucho.

A mis amigos de la carrera, que siempre estuvieron conmigo: Ivette, Paulis, Vic Mitzi, Poncho y Dany. Que formaron parte del club de los fetos y a todos aquellos que me faltaron mencionar pero que marcaron mi vida, también los quiero.

Índice:

Resumen	i
Introducción	1
La teoría preadamita	1
El surgimiento del racismo científico	4
Las ideas de los raciólogos mexicanos	5
Objetivo	7
Capítulo 1 las tres vías de la antropología	8
Antropología Clásica	8
Racismo Científico	12
Antropología Evolucionista	19
Capítulo 2 Las ideas racistas en México	23
Periodo pre-revolucionario	23
Periodo de Porfirio Díaz	35
El nacimiento del México Moderno	49
Discusión	59
Conclusiones	64
Literatura Citada	67

Resumen

Con el surgimiento de la antropología en el mundo occidental durante la Ilustración, los pensadores del siglo XVIII se dieron a la tarea de realizar teorías adecuadas para explicar la superioridad de la raza blanca, así como para poder apropiarse de los países considerados como inferiores y justificar la colonización y expansión a otros territorios. Crearon así teorías sin fundamento empírico, aunque las presentaron como objetivas y científicas. Sin embargo, al final siempre hicieron clasificaciones sesgadas de la especie humana que beneficiaban a la raza dominante, en este caso, la raza blanca. En México, los estudios antropológicos comenzaron después de la Independencia y se continuaron en el periodo postrevolucionario. Los intelectuales mexicanos se dieron a la tarea de buscar una identidad para el pueblo mexicano y despertar así el sentido nacionalista, adaptando ideas como la tesis poligénica y monogénica, la teoría de Lamarck, la eugenesia, el filantropismo y la teoría de Darwin, para colocar al mestizo como la raza superior. A pesar de que apoyaban la idea evolucionista, según la cual el indígena se encontraba en un estado de atraso evolutivo en relación con las demás razas, para los racionólogos mexicanos era posible regenerarlo e incluirlo en un proyecto moderno de sociedad. Sorprende que después de abordar el estudio de las razas desde diferentes enfoques, y supuestamente bajo la premisa de revalorizar al indio, la mayoría de los intelectuales mexicanos terminaron por reproducir una concepción racista, que en el mejor de los casos intentó desaparecer la cultura indígena mediante el mestizaje. Lo que se puede concluir es que muchos intelectuales mexicanos desecharon el determinismo biológico como el componente principal para el progreso de una civilización, aunque terminaron sustituyendo ese mito por el mito del mestizo como la raza superior.

Introducción

La teoría preadamita

Las teorías sobre la superioridad racial son antiguas y variadas. Una de las ideas que llamó la atención en el siglo XVII fue la fabulosa teoría preadamita del judío-francés Isaac de la Peyrère (1596-1676). Imbuido de una fe mesiánica, afirmó que habían ocurrido dos creaciones divinas. En la primera se habían producido los primeros hombres, antes de la creación de Adán, los cuales identificaba la Peyrère con los pobladores de América y de África. En la segunda creación había surgido Adán y sus sucesores, que eran previsiblemente los europeos, incluidos los judíos (Popkin, 1987, p.146).

Según La Peyrère, la segunda llegada del Mesías uniría finalmente las religiones Judía y Cristiana, cuyo regente sería el rey de Francia y Jerusalén se convertiría en el centro del Universo, desde donde gobernarían los judíos conversos y el rey de Francia, convertido ahora en el *Roi Universale* (Popkin, 1987, pp. 5-7). Con la influencia de La Peyrère, muchos pensadores aceptaron la idea que las diferencias observadas entre blancos, negros, asiáticos, eran la evidencia de que no podrían tener todos el mismo origen. Fue hasta el siglo XVIII cuando el surgimiento de la antropología moderna empezó a rechazar la explicación de la teoría preadamita, por una parte debido a la presión religiosa, que la consideraba una herejía que contravenía la narración del Génesis, y por otro, debido a la gran cantidad de naturalistas y antropólogos que apoyaban la teoría monogénica (Popkin, 1987, pp.147).

Aunque se intentaron clasificaciones de las razas humanas desde épocas remotas, fue en 1735 cuando Carl von Linné (1707-1778) realizó por primera vez una clasificación biológica que incluía a la especie humana en la primera edición de su *Sistema Naturae* (1735), Linné clasificó al hombre dentro de los antropomorfos, colocándolo junto a los simios. Sin embargo, a partir de la décima edición (1758), precisa su ubicación y lo coloca dentro del orden de los primates.

En 1766 Linné dividió al género *Homo* en dos especies, *Homo sapiens* y *Homo troglodytes*, el primero caracterizado como diurno y con variaciones debidas al clima y a la educación (el segundo no lo precisó y quedó como un *nomen nudum*). Sin embargo Linné no pudo encontrar alguna característica morfológica que separara claramente al hombre de los animales:

“Hasta el presente no he conseguido, como naturalista y de acuerdo con las reglas, descubrir el carácter distintivo del hombre y del mono, puesto que los hay entre ellos que son menos pilosos que el hombre, se mantienen verticales, van sobre dos pies y recuerdan la especie humana por sus pies y sus manos, hasta el punto que los viajeros menos ilustrados los toman por una especie de hombres [...] Pero hay en el hombre algo que no se ve, de lo que resulta el conocimiento de nosotros mismos, y que es la razón” (en Relancio, 2008, p.5).

Linné distinguió cuatro variedades en la especie *Homo sapiens*, por lo que la dividió en cuatro razas: *americanus*, *europaeus*, *asiaticus* y *afer*, diferenciando cada una por su fisiología y por su personalidad o carácter. Posteriormente agregó una quinta raza, la llamada *Homo sapiens monstruosa*, en la que incluyó a los alpinos, patagones, hotentotes, chinos y canadienses.

Aunque en Francia ya se había hablado de la superioridad de la raza blanca desde el siglo XVII, fue en las universidades alemanas donde se dio un desarrollo del pensamiento y la ciencia. Entre esas universidades destacó la de Göttingen, fundada en 1734, no solo en las ciencias naturales, marcando los inicios de la investigación moderna en geografía y antropología, sino también en las humanidades. En las ciencias naturales sobresalieron importantes naturalistas. Uno de ellos fue Johann Friedrich Blumenbach (1752-1840), considerado como el padre de la antropología física y autor de una clasificación de las razas ampliamente difundida. Afirmó que todas las razas humanas tenían un mismo origen. La especie humana estaba conformada por cinco divisiones principales: (1) europea o blanca, (2) mongoloide o amarilla, (3) malaya o morena, (4) americana o cobriza y (5) etíope o negroide. Además de su famosa clasificación de las razas humanas, Blumenbach fue uno de los fundadores de la anatomía comparada (Ackerknecht, 1955, p. 83).

En su estudio sobre las razas humanas, Blumenbach, llegó a una conclusión sumamente importante: aunque la raza podía entenderse como una categoría de clasificación, no servía como una categoría analítica de cultura. (Eigen, 2005, p. 278). Además es importante destacar que Blumenbach defendió por encima de todo la unidad de la especie humana y criticó el utilizar las diferencias raciales o variedades para fines políticos. No había fundamento para afirmar la superioridad de los blancos ni la inferioridad de los negros (Relancio, 2008, p. 8). Sin embargo, de manera contradictoria, Blumenbach consideró a la raza caucásica como la más primitiva y la más bella. Le seguiría después la americana, cuya degeneración había dado lugar a la mongólica; ésta a su vez, habría degenerado hacia la raza malaya, de donde finalmente habría surgido, también por degeneración, la raza etíope. A pesar de su clara distinción conceptual, Blumenbach no pudo escapar de su eurocentrismo: finalmente los blancos eran la raza superior.

En resumen Blumenbach incluye al ser humano dentro del reino animal. Definió sus características propias, tanto anatómicas como fisiológicas con base en su colección de cráneos, desechando cualquier especulación fantástica sobre seres humanos salvajes, híbridos o seres fabulosos, desmarcándose así de las reminiscencias plinianas de Linné. Comparó en particular caracteres como el cráneo y la relación de éste con el encéfalo y la cara, además del color de la piel, del pelo, de los ojos y atribuyó las diferencias raciales a causas externas, principalmente el clima. Sin embargo, la unidad de la especie humana era para él un hecho incontrovertible (Relancio, 2008, p. 9).

Otro de los naturalistas alemanes que abordó el estudio de las razas fue Johann Forster (1729-1798), quien concibió al mundo natural como un conjunto unificado en el que interactuaban los elementos del mundo físico con los del mundo vivo. Creía que el calor era la fuente de la vida, por lo que en los trópicos se encontraba la manifestación más exuberante de la vida (Brown, 1983, p. 36-

37). También Blumenbach consideró al clima como una causa esencial de las diferencias raciales. Sin embargo, mientras que Blumenbach sostuvo un origen común para todas las razas humanas, Forster apoyó la tesis poligénica: las distintas razas humanas habían sido creadas en distintas áreas.

Si bien había naturalistas europeos que aceptaban tanto la idea de la superioridad racial como la tesis poligénica, su posición resultaba contraria con la tradición y las *Escrituras* en lo que respecta a la historia del hombre. La mayoría de los estudiosos se inclinaban por la tesis monogénica, incluidos algunos muy prominentes, como Linné, Kant, Buffon y Blumenbach, entre otros. De cualquier manera, ya fueran partidarios del origen único o plural de las razas humanas, todos coincidían en un punto: la superioridad de la raza blanca.

El surgimiento del racismo científico

Los estudiosos de la anatomía comparada fueron los primeros en intentar correlacionar las características anatómicas de las diferentes razas con rasgos mentales y conductas sociales. La selección de rasgos característicos de las distintas razas se fue refinando a lo largo de varias décadas. Surgió así el racismo científico aproximadamente en las décadas de 1850-1860 en Inglaterra. Los promotores del racismo científico sostenían que no era posible revertir esos rasgos mediante la educación. Este enfoque representó un cambio marcado respecto a las ideas filantrópicas que habían sostenido anteriormente los abolicionistas y los misioneros cristianos, quienes creían que era posible civilizar y cristianizar a los pueblos salvajes. Ahora, las razas se concebían como el producto de un largo proceso evolutivo de diferenciación que no podía revertirse mediante prácticas educativas ni acondicionamientos culturales (Lorimer, 1997, p.213).

Vale destacar que este cambio en la concepción de las razas ocurrió dentro del proceso general de secularización que vivía el mundo occidental. Sin embargo, llama la atención que la secularización, que por definición se entiende como la

liberación de la razón de la autoridad religiosa, haya permitido abiertamente la aceptación del racismo, favoreciendo así la ideología opresora del colonialismo europeo (Lorimer, 1997, p. 215).

Tanto el filantropismo como el racismo científico llegaron de manera sincrónica a México, mientras que en Europa el filantropismo ya había perdido fuerza entre los naturalistas europeos, quienes lo consideraban como mera sensiblería sin fundamento empírico.

Las ideas de los raciólogos mexicanos

Ante este complejo de ideas raciales, la *intelligenza* mexicana hizo sus propias interpretaciones. Después de la Independencia, y sobre todo después de la Revolución, las élites gobernantes emprendieron la tarea de integrar a los indios al nuevo proyecto de nación, y con la llegada del positivismo comtiano deslindaron los hechos sociales de los del reino natural (Aguirre 1969, p. 52). Las ideas de los raciólogos europeos, como las tesis monogenista y poligenista, la teoría de Lamarck, la tesis sobre la degeneración racial, la teoría de Darwin y el darwinismo social, constituyeron piezas de la estructura teórica sobre la que se tejió la respuesta de los intelectuales y gobernantes mexicanos. Aunque los antropólogos de este país trataban de no ser racistas, se traicionaban frecuentemente, tanto de manera inconsciente como consciente. Medidas tales como el intento de eliminar al negro de nuestra historia y la de promover la inmigración de blancos a nuestro país dan cuenta de ello (Aguirre, 1969, p.51).

El racismo y el darwinismo social no fueron adoptados en México con su contenido original, sino que sufrieron modificaciones, algunas incluso totalmente opuestas a las originales, con una interpretación que se acoplaba al pueblo mexicano, llegando a hacer del mestizo la raza superior, como lo habían hecho los europeos con la raza blanca.

La finalidad de este trabajo es precisamente analizar la adaptación que hicieron los intelectuales mexicanos de las ideas raciales, que sirvieron a fines tan contrastantes como, por un lado, justificar científicamente la concentración de la riqueza y el poder, y por otro, elevar al mestizo al nivel más alto de la diversidad racial.



Las cuatro partes del mundo sosteniendo la esfera celeste, obra de Jean-Baptiste Carpeaux (Museo de Orsay en París)

Objetivos

1. Analizar la procedencia de las ideas empleadas por los raciólogos mexicanos,
2. Analizar cómo se adaptaron en la sociedad mexicana de fines del siglo XIX y principios del XX las ideas provenientes del filantropismo, del racismo científico, del darwinismo y de modelos de evolución no darwinistas.

Hipótesis

El interés de los intelectuales mexicanos por el concepto de raza fue motivado más por fines ideológicos que científicos.

CAPITULO I: Las tres vías de la antropología

1.1 Antropología clásica

El desarrollo de la antropología comenzó en “aquella época venerable de la cultura occidental que se llama la Ilustración” (Harris, 1982, p. 7). Fue entonces cuando los naturalistas comenzaron la búsqueda tanto de las diferencias culturales como de las diferencias biológicas entre los distintos pueblos.

La antropología se constituyó como una ciencia independiente a finales del siglo XVIII y principios del XIX, cuyo objetivo era la descripción de las razas y el descubrimiento de sus orígenes. Los naturalistas del siglo XVIII se enfrentaron al problema del desconocimiento de los principios de la herencia biológica y a la falta de técnicas apropiadas para poder distinguir las distintas razas humanas. Al abordar el estudio de las razas con un enfoque idealista tuvieron problemas de clasificación, pues se encontraron con muchos tipos que no cuadraban con los modelos tipológicos que habían definido como razas puras ni poseían los caracteres esenciales propios de cada una. Interpretaron a los tipos que se salían de su esquema ideal como el producto resultante de la hibridación entre razas puras (Ralph, 1977, p.34).

La antropología clásica recibió una fuerte influencia de las ideas filantrópicas entonces en boga. Las naciones europeas asumían como un deber moral la cristianización y civilización de los pueblos bárbaros que conquistaban (Lorimer, 1997, p.). Esta idea permaneció en Europa hasta finales del siglo XVIII, apoyada por Jean Jaques Rousseau, quien sostenía la idea de que el clima y la educación podían mejorar a las razas distintas a la blanca. Creía que se podía mejorar lo mismo a los salvajes capturados en los bosques de Europa que a los orangutanes, los cuales incluso podían aprender a hablar (Harris, 1982, p. 70-71).

Fue sobre todo en las universidades alemanas donde se abordó con gran interés el estudio de las razas. Una de las importantes fue la de Göttingen, fundada en 1734, donde grandes intelectuales hicieron aportaciones importantes, como la distinción conceptual entre raza y cultura, y la explicación de las diferencias raciales mediante los factores ambientales (Ackerknecht, 1955, p. 83).

Georges Louis Leclerc, el famoso conde de Buffon, sostenía también que las condiciones físicas eran la causa de las diferencias raciales, aunque agregó la idea de que esos cambios eran degenerativos. Se podía ahora sustentar la inferioridad de las razas del Nuevo Mundo, tanto de animales como de hombres. Buffon consideraba que la clasificación de Linné era meramente esencialista, un artificio que no representaba el mundo real (Sloan, 1979). Propuso, en vez de caracteres esenciales, la continuidad temporal como el criterio que permitía entender a las razas humanas como variaciones que compartían un mismo origen. Apoyó así la tesis monogenista. Durante el transcurso del tiempo se habían producido todas las razas, perfeccionándose unas y degenerándose otras. Buffon argumentaba abiertamente a favor de la fertilidad de los híbridos interraciales e incluso sugería que habían ocurrido cruces entre monos y africanos, dando origen a híbridos viables. Aceptó así que podía haber cruces exitosas no solo entre razas de la misma especie, sino incluso entre especies diferentes (Sloan, 1979, p. 102).

Uno de los filósofos que retomó las ideas de Buffon fue Immanuel Kant (1724-1804), quien propuso metas de mayor alcance en el estudio de la naturaleza, para rebasar el nivel meramente descriptivo (Sloan, 1979, p. 104).

En 1775, Kant escribió un artículo titulado "Sobre las diferentes razas humanas", donde abordó el problema de la unidad de la especie humana. Razonó, al igual que Buffon, que la división de las formas naturales se basaba en la reproducción, y no en las diferencias morfológicas. Pero no se quedó en señalar la distinción que ya había hecho Buffon, sino que profundizó para agregar aportaciones importantes relacionadas con la genealogía. Según Kant, el término

género se aplica a una entidad que desciende de un mismo tronco común, sin contener diferentes especies; aquellos que muestran diferencias hereditarias los denomina degeneraciones, que pueden entenderse como equivalente a lo que actualmente se denominan razas. De acuerdo con esta definición, Kant afirmaba que los hombres habían derivado de una forma troncal originada en las altas latitudes de Asia, de la cual surgieron las distintas razas por un proceso de degeneración histórica (Sloan, 1979, p. 106).

Otro de los naturalistas alemanes que abordó el estudio de las razas, que también estaba de acuerdo con Buffon, fue Johann Reinhold Forster (1729-1798), quien concebía al mundo natural como un conjunto unificado en el que interactuaba la geología física, la geografía y el clima de un país con su vegetación, su vida animal y sus habitantes humanos. La vegetación era el reflejo de la topografía y el clima de un país, y a través de su estudio, podían revelarse regularidades ocultas del mundo natural. En su viaje hacia los mares del sur se percató que había un decremento en la riqueza y diversidad de la vida desde los trópicos hacia las latitudes sureñas. Explicó ese patrón por una distribución desigual del calor en las diferentes latitudes, que disminuía desde los trópicos hacia los polos.

Llama la atención que, a diferencia de los naturalistas europeos, quienes creían firmemente en la superioridad de la raza blanca, el hijo de Johann Forster, Johann Georg Adam Forster (1754-1794), veía al componente racial como el de menor importancia en la conformación de una cultura. Aunque nunca fue claro respecto a si las diferentes subdivisiones de la humanidad eran razas o especies genuinas, se inclinó por una posición poligénica, quizá influido más por su anticlericalismo que por una convicción racista. Consideró al color de la piel como un rasgo poco confiable para la clasificación de las razas humanas, denotando así su rechazo a una clasificación de las razas mediante un criterio meramente tipológico. Georg Forster examinó las posibles causas físicas de las diferencias humanas, aunque dejó explicaciones poco claras debido a la confusión que

provocó su aceptación de la teoría de los caracteres adquiridos (Papavero, N.;J.; Llorente – Bousquets, 2004, p. 184). Criticó tanto la posición abiertamente racista, según la cual los pueblos no europeos eran simplemente inferiores, como la ingenua idea de Jean Jacques Rousseau del “salvaje noble y feliz”, la cual asignaba un poder tan grande a la educación que podía incluso lograr la transición del mono al hombre (Ackerknecht, 1955, p.83-95).

Finalmente una de las principales figuras de la antropología clásica fue Johann Friedrich Blumenbach (1752-1840), quien impartió su cátedra en la Universidad de Göttingen desde 1775 hasta 1840, considerado como el padre de la antropología física, promotor principal de expediciones, de una gran colección etnográfica y autor de la clasificación más aceptada de las razas humanas, En 1796, Blumenbach produjo un atlas científico titulado *Abbildungen Naturhistorischer Gegenstände (Imágenes elementales de la historia natural)* en donde afirmaba que había un único origen etnológico para todas las razas humanas (Ackerknecht,1955, p. 83).

En su estudio sobre las razas humanas, Blumenbach se tardó muchos años en aceptar el término de raza como un término de clasificación. Luego de su reticente aceptación, se cuidó siempre de recalcar que el concepto de raza no tenía nada que ver con las capacidades humanas individuales ni colectivas. Aclaró que aunque la raza podía entenderse como una categoría de clasificación formal, no servía como una categoría analítica de cultura, advirtiendo sobre el error de asociar rasgos culturales y morales con rasgos morfológicos. Por ello, señaló que la categoría de raza no tenía valor epistémico para conocer la naturaleza ni la cultura humana (Eigen, 2005, p. 278). A pesar de ello, esta distinción no siempre fue atendida por los antropólogos posteriores.

Tanto Buffon como Blumenbach coincidieron en que los habitantes de raza blanca del mar Caspio representaban la forma más perfecta de la especie

humana. El color blanco era el original, mientras que el amarillo y el negro habían surgido por la acción de las circunstancias y del tiempo (Greene, 1954, p. 32-34).

Resulta así que ya fuera que adoptaran un enfoque histórico o bien uno puramente formal, los naturalistas del siglo XVIII sostuvieron en general la superioridad de la raza blanca. Sin embargo, las aportaciones que hizo la antropología clásica, desarrolladas bajo un enfoque humanista, fueron fundamentales para la distinción conceptual entre raza y cultura.

1.2 Racismo Científico

La antropología clásica y el filantropismo comenzaron a perder valor a principios del siglo XIX en Europa. Surgió un nuevo enfoque, “el racismo científico”, el cual afirmaba que todas las diferencias y las semejanzas socioculturales de importancia entre la población humana eran variables que dependían de la herencia (Harris, 1982, p. 69).

El racismo científico se institucionalizó en las décadas de 1840 y 1860. Con la nueva antropología surgieron ideas de desigualdad y de orígenes separados de las razas humanas que desafiaban la creencia cristiana ortodoxa sobre el origen y la naturaleza común de los seres humanos. Durante el proceso de secularización que se dio en el mundo occidental durante el siglo XIX, se aceptó abiertamente el racismo científico y sus implicaciones: las particularidades físicas, mentales y morales que caracterizaban a las distintas razas no podían modificarse por la simple voluntad humana, pues eran el producto de largos procesos naturales (Lorimer, 1997, p. 213).

El racismo científico comenzó a perder peso en Europa a finales de 1850, con la publicación de *El origen de las especies* de Darwin, aunque tuvo gran auge en los Estados Unidos, donde brindó una supuesta base científica a la idea de la inferioridad de las razas de color. Uno de los principales fundadores del racismo

científico fue Samuel George Morton (1799-1851), un médico de Filadelfia. Morton publicó un trabajo llamado *Crania Americana* (1839), en donde hizo medidas sobre la capacidad craneal. Acumuló cerca de 600 cráneos humanos y concluyó que existían diferencias innatas en los distintos tipos humanos. Su colección se popularizó con el nombre de “The American Gólgtha” (Menand, 2002). Concluyó que los caucásicos tenían una capacidad craneal superior a la de los negros y que esta diferencia no podía atribuirse a condiciones ambientales. Morton clasificó a las razas humanas según su capacidad craneal en caucásicos, mongoles, malayos, americanos y negros. La idea de Morton sirvió como apoyo a los esclavistas estadounidenses: si el negro no estaba genéticamente relacionado con el blanco, era natural que se les tratara como esclavos (Lurie, 1954, p.230). Así, el racismo científico nació ligado estrechamente a la esclavitud y sirvió para justificar el maltrato y sometimiento de las razas no europeas.

De acuerdo con Gould (1978), Morton manipuló sus datos intencionalmente, ya que seleccionó los cráneos masculinos de mayor tamaño para describir la capacidad intelectual de la raza blanca, mientras que usó cráneos de mujer, alométricamente menores, para demostrar la inferioridad intelectual de las demás razas. Además, la medición la hizo llenando los cráneos con semillas de mostaza, por lo que sus resultados no eran precisamente exactos.

Después de 1846, la postura de Morton contó con el decidido apoyo de una prestigiosa figura del mundo científico, el naturalista de Harvard, Louis Agassiz (1807-1873), quien revisó cuidadosamente la colección de Morton. Agassiz afirmaba en uno de sus artículos “en un principio el Creador ha dispuesto diferentes especies de hombres, lo mismo que ha hecho con todos los otros animales, para que ocupen distintas regiones geográficas” (en Harris, 1982, p. 78). En 1850, Agassiz publicó otro artículo sobre la distribución geográfica de los animales en la revista *Christian Examiner*, el órgano de difusión de los miembros de la Iglesia Unitaria de Boston, en donde apoyaba completamente las ideas de Morton (Lurie, 1954, p. 235). Morton también contó con un fiel seguidor: Josiah

Clark Nott, quien emprendió una enérgica campaña para convencer a legos y expertos que en el momento de la creación Dios había hecho varias especies humanas diferentes.

El racismo científico despertó nuevamente la controversia entre el monogenismo y el poligenismo. La vieja tesis poligénica, apoyada por Isaac de la Peyrère desde el siglo XVII (1655), sostenía que Adán era sólo el progenitor de los blancos y de los judíos, mientras que otros pueblos antiguos, como los egipcios, los chinos y los mexicanos, descendían de antepasados preadamitas (Harris, 1982, p 74-75). Estas ideas, basadas antaño en argumentos teológicos y verdades reveladas, se podían ahora presentar como el resultado de una investigación científica, objetiva e imparcial.

Los representantes del racismo científico generalmente apoyaban la tesis poligénica. Morton, por ejemplo, afirmaba que las diferencias raciales se debían al origen separado de todas las razas humanas, al igual que Agassiz (Wallis, 1996, p,104). La tesis poligénica fue un componente ideológico importante para los defensores de la desigualdad racial. Agassiz concebía de forma idealista no sólo a las especies, sino también a sus áreas de distribución. Ambas eran fijas e invariables. Cada especie permanecía hasta la actualidad en el área en la que había sido creada (Lomolino, *et al.*, 2006, p. 22). Coincidió con Nott en que las diferencias raciales tanto físicas como mentales eran de origen. El trabajo de Nott, *Two Lectures on the Natural History of the Caucasian and Negro Races*, publicado en 1844, fue bien recibido particularmente en los estados sureños por los partidarios más acérrimos del esclavismo, y fue una pieza esencial en la construcción de la racionalidad que legitimaba la ideología de la desigualdad. No extraña que la mayoría de los que apoyaban la esclavitud, también apoyaran el poligenismo. Al fin podían afirmar que los negros estaban más próximos a los monos que a los caucásicos.

Los racistas científicos se valieron de las ideas francesas de Joseph Arthur de Gobineau (1816-1882) para hacer una clasificación de las razas humanas en inferiores y superiores, Gobineau nació en 1816. Bajo la influencia de su tío, desarrolló la fantasía de que pertenecía a la nobleza. Se adjudicó a sí mismo el título de “conde”, el cual nunca abandonaría. Pensó en un principio dedicarse a las letras, aunque en 1835 decidió irse a Paris en busca de fortuna. Fue ahí donde se le ocurrió la idea de que la razón de que Francia fuera un país mediocre se debía a que estaba gobernado por la mediocre clase burguesa y no por los nobles. Se desarrolló desde entonces en Gobineau un marcado sentido de negación y rechazo en contra de una sociedad que, según él, había rechazado las virtudes de la nobleza y había dejado a la civilización en las manos irresponsables de las clases medias y bajas, las cuales, con los falsos pretextos de la democracia, el liberalismo y el socialismo, estaban conduciendo la nación francesa hacia el precipicio. Gobineau empezó a destacar su idea de que había una relación intrínseca entre raza y clase (Gobineau, 1973, p. 135).

En 1853 realizó su trabajo más importante, *Essai sur l'inégalité des races humaines*, en donde mostraba su inconformidad por la mezcla y la igualdad de las razas, pretendiendo establecer sin fundamento empírico, que la raza más pura era la raza aria y que ésta se asentaba en Gran Bretaña, Francia y Bélgica. En los demás países de Europa, la raza aria ya se había mezclado con otras razas impuras. Gobineau se sentía orgulloso de sus orígenes, ya que él se consideraba un descendiente del legendario Ottar Jara, jefe del pueblo vikingo que había invadido el norte de Francia. Los estudios de Sir William Jones sobre la relación que existía entre las lenguas: latina, persa, sánscrita, celta y alemana lo condujo a hipotetizar que todas ellas provenían de una lengua materna ancestral, la lengua “aria”. Por una simple analogía, Gobineau concluyó que también todas las razas provenían de una misma estirpe, la raza aria. Por lo tanto la civilización no era más que la historia de un proceso de mezclas de sangres, una historia decadente, en la que se perdía la pureza original de la sangre aria. Gobineau estaba seguro de que las mezclas de razas provocaban degeneración, ya que la sangre de la

raza superior no podía conservar sus cualidades originales (Gobineau, 1915, p. 24).

Muchos pensadores atribuían el decaimiento de las civilizaciones a diferentes causas, principalmente la mala administración, la corrupción de las costumbres, el fanatismo religioso, el clima, la alimentación, etc. Todas estas causas, unidas o aisladas, se habían señalado como responsables del fin de la sociedad. Sin embargo, para Gobineau estas causas no constituían más que accidentes sin importancia. La única causa responsable del florecimiento o decadencia de una cultura era la raza humana.

Para Gobineau, el fanatismo religioso no era la causa de la decadencia ni del florecimiento de una civilización, ya que todas las razas tenían su propia religión; la religión había estado presente en todos los lugares y en todas las épocas. Gobineau aportó como prueba de ello que algunos imperios, a pesar de haber sido muy devotos a sus cultos, fueron finalmente derrotados. Por ejemplo, los aztecas fueron heridos de muerte mientras se aferraban a sus altares, por lo tanto, afirmaba Gobineau, no se podía concluir que una nación creciera con base en la fe ni que su carencia hubiera destruido estados (Gobineau, 1973).

La religión sólo podía modificar moralmente a los individuos, pero nunca los podría hacerlos más capaces ni inteligentes. El papel del gobierno tampoco era una causa determinante para el florecimiento de la civilización. Aunque la mayoría de los pensadores consideraban que el buen gobierno o las buenas leyes influían directamente en la salud de la civilización, Gobineau argumentaba que si eso fuera cierto, las civilizaciones podrían persistir simplemente teniendo un estado bien construido. Las instituciones, a fin de cuentas, eran una causa poco significativa para la decadencia de una cultura. Eran los pueblos los que creaban las instituciones, y si pertenecían a una raza mediocre o degenerada, también sus instituciones lo serían, mientras que por el contrario, si eran de una raza pura, crearían buenas instituciones (Gobineau, 1973).

Para muchos pensadores, el clima, la naturaleza del suelo, la disposición topográfica, eran causa del avance de una civilización. Según esta tesis, pueblos que contaban con las mejores condiciones ambientales, eran pueblos cuya civilización llegaría al progreso, mientras que pueblos con malas condiciones ambientales estarían destinados a la barbarie. Sin embargo, para Gobineau, ese razonamiento era falaz, ya que América, teniendo las mejores condiciones ambientales, se mantenía todavía en la mediocridad.

A nation does not derive its value from its position; it never has and never will. On the contrary, it is the people which has always given-and always will give-to the land its moral, economic, and political value (Gobineau, 1915, p. 61).

Según Gobineau los pueblos perecen porque han degenerado y no por otra causa. Si una civilización muere es porque ya no posee la misma sangre de sus antepasados para afrontar los problemas de la vida; en una palabra, porque han degenerado. Gobineau entiende la palabra degeneración en el sentido de que los pueblos ya no tienen el valor intrínseco que antes poseían, es decir, que ya no corre por sus venas la misma sangre de sus fundadores, lo que produce que una civilización muera (Gobineau, 1973). Para Gobineau, existen pueblos que están destinados a la mediocridad, y que jamás podrán alcanzar la civilización, sin importar el clima o el lugar en que se desarrollen. Gobineau hace una clasificación de la humanidad en solo tres razas: blanca, negra y amarilla.

La raza negroide es la más humilde y se encuentra en la parte inferior de la escala. Jamás saldrá del nivel intelectual más limitado. Pero no se trata de un animal puro y simple, tiene facultades pensantes aunque éstas son mediocres e inclusive nulas. Poseen un desarrollado sentido del gusto y del olfato. Todo les gusta, todos los alimentos son buenos para ellos, nada les desagrada, ninguno les repugna. Lo mismo ocurre con los olores. Matan sólo por matar.

Los individuos de raza amarilla son apáticos y cuentan con poco vigor físico, tienen un sentido más selectivo por los alimentos, tienden a la mediocridad, no sueñan, no aman, inventan poco, son capaces de adoptar lo que les sirve, sus deseos se limitan a vivir lo más tranquila y cómodamente posible. Aunque se admite que son superiores a los negros, forman la plebe en la sociedad, por lo que no son capaces de crear una sociedad civilizada.

Los individuos de raza blanca muestran una inteligencia enérgica, una gran potencia física, un pronunciado gusto por la libertad, inclusive extrema; cuentan con un amor singular a la vida. Sin embargo, están por debajo del negro y el amarillo en las sensaciones (Gobineau, 1973, p. 59).

Para Gobineau los mestizos e indios son razas degeneradas. Fueron salvajes desde su origen y siempre lo serán, sin importar el medio en el que vivan (Gobineau, 1973, p. 59). Se puede observar la clara influencia del francés, tanto en Agassiz como en Nott. Este último realizó incluso una traducción de la obra de Gobineau, y fue uno de los promotores más voluntariosos de la idea gobineana de que el mestizaje era sinónimo de degeneración. Agassiz también retomó el viejo argumento del francés y sostuvo que las cruces entre las razas animales producían la pérdida de los tipos originales, junto con sus características peculiares ventajosas, y que este proceso también ocurría cuando se cruzaban razas de hombres:

“Let any one who doubts the evil of this mixture of races, and is inclined, from a mistaken philanthropy, to break down all barriers between them, come to Brazil. He cannot deny the deterioration consequent upon an amalgamation of races, more widespread here than in any other country in the world, and which is rapidly effacing the best qualities of the white man, the negro, and the Indian, leaving a mongrel no descript type, exists, there is far of education to the negro, and give him every chance of success which culture gives to the man who knows how to use it (Agassiz, 1868, p. 293).

Aunque Gobineau no hizo medidas del cráneo, concluyó con el mismo concepto que ahora sustentaban con una supuesta base empírica Morton, Agassiz y Nott: la hibridación era degeneración. A partir de estas ideas se dio otra vez la controversia entre monogenia y poligenia. Sin embargo, después de la publicación de *El origen de las especies*, la monogenia volvió a resurgir hasta terminar por desplazar mayoritariamente la poligenia que apoyaba el racismo científico.

1.3 Antropología Evolucionista

Una vez que surgió la teoría de la evolución de Darwin, la antropología rectificó su enfoque. Surgió la antropología evolucionista, con un halo de objetividad científica. Principalmente en Inglaterra, la antropología tomó un nuevo impulso con el establecimiento del *Antropological Institute* bajo la iniciativa de Thomas Henry Huxley, quien actuó como mediador para conciliar los enfoques de la *Anthropological Society of London* y de la *Ethnological Society of London*. El compromiso político del *Antropological Institute* había sido evitar el que se consideraba excesivo filantropismo de la *Ethnological Society*, la cual defendía los derechos de los aborígenes y criticaba los abusos del colonialismo. Al mismo tiempo, también estaba en contra del crudo determinismo racista que habían tomado las ideas de la *Anthropological Society*, la cual promovía la subordinación racial y la opresión de las razas diferentes a la blanca. Aun con sus pretensiones de conciliación, el nuevo y prestigioso *Antropological Institute* no cumplió su anunciado principio de objetividad e imparcialidad, y sus miembros líderes terminaron promoviendo activamente los beneficios prácticos de la antropología para la política colonialista británica (Lorimer, 1997, p.216).

Mediante el surgimiento del *Antropological Institute* y de la teoría de Darwin, comenzaron a explicarse las diferencias raciales como el resultado de diferentes

estadios de evolución alcanzados por la especie humana. Se hizo popular la idea de que las regiones apartadas habían quedado como relictos de épocas pasadas. En esencia, se proponía que en ciertas áreas aisladas y remotas podían persistir relictos de formas antiguas que ya se habían extinguido en el resto del planeta. Australia fue el ejemplo paradigmático. Tanto los animales como los aborígenes australianos representaban las razas más primitivas de sus estirpes (Bowler, 1996, p.389).

Sin embargo, el naturalista de la Universidad de Melbourne, Frederick M'Coy, (1817-1899) rebatió la difundida creencia de que los habitantes de Australia eran primitivos. Sostuvo que Australia había estado hundida durante gran parte del Terciario, por lo que sus habitantes actuales tendrían que haberla repoblado en un tiempo geológicamente reciente, y serían por lo tanto especies modernas en vez de supervivientes de épocas remotas. A pesar de su argumentación, prevaleció la creencia de que los habitantes de Australia eran relictos de especies mesozoicas. Se pensaba así que el norte era el área de evolución predominante y el sentido de las invasiones era exclusivamente de norte a sur (Bowler, 1996, p.391). Ideas como éstas ayudaron a los países occidentales a construir la ideología *ad hoc* para el sometimiento y la esclavitud de los países sumisos.

Con la teoría de Darwin comenzó a darse un nuevo enfoque a la antropología desarrollada años atrás, para poder explicar las diferencias humanas así como las diferencias de poder y riqueza entre naciones. Sin embargo, aunque Darwin se consideraba a sí mismo como un “racista humanitario” que estaba en contra de la conducta de sus contemporáneos europeos que explotaban abusivamente a los distintos grupos indígenas, no pudo escaparse de la ideología que la mayoría de los europeos sostenían, y consideraba desde el punto de vista científico que existía una diversidad en las razas humanas, algunas de ellas

viviendo como razas salvajes que todavía se encontraban en un estadio evolutivo intermedio entre los animales y el hombre civilizado (Brown, 1983).

De acuerdo con Darwin, existían diferencias tanto corporales como mentales en las distintas razas humanas. Sin embargo, él no llegó tan lejos como para considerarlas especies distintas. En cambio, otros naturalistas clasificaban a las razas humanas en especies diferentes, algo que Darwin consideraba como una separación artificial. Darwin le dio mucho peso a estructuras aparentemente poco importantes, presentes en órganos sin uso y que no desempeñaban ninguna función, ya que éstas, al no estar sujetas a las presiones de la selección natural, podían revelar las líneas de afinidad filogenética de manera confiable (Cordón, 2006, p. 149).

Más que hacer una revisión exhaustiva de los diferentes tipos raciales, la intención de Darwin fue atribuir las diferencias raciales a la divergencia producida por la selección natural en diferentes regiones. Sin embargo, las consideró pertenecientes a la misma especie, pues podía haber entrecruzamiento entre ellas:

“Está ya puesto fuera de duda que las distintas razas comparadas y medidas con cuidado, presentan entre sí considerables diferencias por la estructura de los cabellos, las proporciones relativas de todas las partes del cuerpo, la extensión de los pulmones, la forma y capacidad del cráneo, y hasta por las circunvoluciones del cerebro. Difieren asimismo las razas por su constitución, por su aptitud variable para aclimatarse, y por su predisposición a contraer ciertas enfermedades. Así como en lo físico, son distintos los caracteres que presenta en lo moral; conclusión que se deduce principalmente de facultades de sentimiento, y en parte de las de inteligencia [...]. Estas diferencias existen en efecto y son constantes durante largos periodos de tiempo [...]. La especie humana ha pasado la prueba más rigurosa de la mutua fertilidad de las formas progenitoras. Las razas humanas no son lo bastante distintas entre sí para coexistir sin fusión; hecho que, en los casos ordinarios, proporciona el medio habitual para establecer la distinción específica”. (Darwin, 1880, pp. 194, 195).

Darwin descartó por completo la idea de que las diferencias entre las razas humanas se podían explicar por los efectos hereditarios del aumento o disminución de uso de las partes. Sin embargo, reconoció que existían diferencias raciales, lo mismo que diferencias entre los pueblos civilizados y los pueblos salvajes (Cordón, 2006, p. 192).

A pesar de que la teoría de Darwin terminó por aceptarse generalizadamente, persistieron naturalistas que apoyaban la tesis poligénica. En las últimas décadas del siglo XIX se desarrollaron también modelos de evolución no darwinistas, los cuales aportaron también sus propias ideas al concepto de raza. Uno de ellos fue el modelo de evolución paralela. Paleontólogos como Angelo Heilprin (1853-1907), Richard Lydekker (1849-1915) y Karl von Zittel (1839-1904) sostenían que la misma especie podía evolucionar independientemente en diferentes épocas geológicas lo mismo que en áreas separadas (Bowler, 1996, p. 376-377). Así la poligenia podía sustentarse ahora ya no por creaciones metafísicas caprichosas, sino por procesos naturales. Esta idea era, desde luego, completamente rechazada por Darwin. Otros evolucionistas mantuvieron la vieja idea progresionista de la escala natural, aunque ahora encubierta bajo un disfraz evolucionista. Representaron la historia evolutiva mediante un árbol, que aunque ramificado, mantenía un fuste central, el cual representaba la evolución progresiva lineal, mientras que las ramas laterales representaban los callejones sin salida de la evolución. Así, se podía justificar con un sustento evolutivo la inferioridad de las razas no blancas, colocándolas como ramas laterales del tronco principal que culminaba en la raza blanca.

CAPITULO II Las ideas racistas en México

2.1 Periodo pre-revolucionario

En México las primeras aproximaciones a los estudios antropológicos comenzaron en la década 1880, cuando médicos y naturalistas realizaron mediciones antropométricas y craneométricas, con el fin de obtener el grado de evolución de las poblaciones indígenas. Estos pioneros desempeñaron los trabajos que harían posteriormente los antropólogos profesionales (Urías, 2007, p. 47). Después de la Guerra de Independencia, las élites políticas e intelectuales propusieron que el mundo indígena, compuesto por los “apáticos mexicanos” debía transformarse para poder integrarse al nuevo proyecto de Estado y de Nación. En el siglo XIX cuando el racismo nació como una ideología, los intelectuales mexicanos comenzaron a dedicarse al estudio cuidadoso de las diferencias raciales, influidos por las teorías raciales extranjeras. Las teorías de la monogenia y la poligenia la teoría lamarckiana y la teoría sobre la degeneración racial, todas ellas de cuño extranjero, se discutieron en los círculos intelectuales mexicanos (Urías, 2005). Sin embargo, estas ideas sufrieron modificaciones en el clima intelectual mexicano. La idea de la superioridad de la raza aria que sostenía el Conde de Gobineau fue en algunos casos, trastocada por completo y sustituida por la idea de la superioridad de la raza mestiza, mientras que el concepto de pureza de sangre fue sustituido por el de mezcla de sangres como criterio de calidad racial. Previsiblemente, en las naciones latinoamericanas, predominantemente mestizas, el mestizaje y el entrecruzamiento racial fueron concebidos como el camino hacia la constitución de una nacionalidad firme y sólida (Gall, 2004).

México estaba en crecimiento y necesitaba nuevas políticas económicas que incentivaran un desarrollo industrial interno y que condujeran al Estado por un camino competitivo a nivel internacional. El país presentaba un gran atraso debido a problemas múltiples heredados desde siglos pasados de dominación española. No se había desarrollado siquiera un sistema de transportes eficiente, que sirviera

como vía de abastecimiento y evitara aislamiento del centro con los demás estados (Cosío *et al.* 1988, p.1197). A diferencia de Europa, en donde ya se contaba con la máquina de vapor y con sistemas de abastecimiento eficientes, en México, durante las primeras décadas del siglo XIX se mantenían todavía condiciones propias de un modo de producción feudal. La unidad de mayor productividad agrícola era la hacienda, la cual convivía con el rancho y la propiedad comunal indígena. Gran parte de la producción se destinaba exclusivamente al consumo interno.

México comenzó su vida independiente en condiciones económicas precarias. El prolongado conflicto de independencia había causado serios daños en la producción de materias primas. Al inicio de la guerra, muchas minas fueron destruidas o inundadas. En lo referente a las actividades de agricultura y ganadería, las condiciones también eran malas. Muchas haciendas fueron quemadas, robadas u ocupadas por el ejército (Colmenares *et al.*, 2007, p.22). Solo la Iglesia y la Milicia poseían capitales considerables.

El negocio exterior se hacía principalmente con Estados Unidos de América y con algunos países europeos. Los metales preciosos y los textiles eran los productos que más se exportaban (Maciel, 1980, p.23). Para estimular el comercio exterior, los primeros gobiernos del México independiente, determinaron que era necesario establecer relaciones comerciales con la mayoría de los países del mundo. Se dispuso así abrir nuevos puertos mexicanos al comercio para garantizar el establecimiento de comerciantes extranjeros en el país así como autorizar el funcionamiento de líneas de transporte privadas y el control de los caminos (Cosío *et al.* 1988, p. 1335).

Con la presidencia de Antonio López de Santa Anna (1829-1876), se dio un retroceso en el país. Santa Anna prestó primero su apoyo al gobierno reformista del régimen de Valentín Gómez Farías, pero hacia 1834, se puso a favor de las fuerzas reaccionarias militares y clericales (Escobar, 1974, p. 71).

Los dos grupos políticos más importantes, liberales y conservadores, creían en “la grandeza natural de México y en la pequeñez humana de los mexicanos” (Maciel, 1980, p. 20).

Los liberales aspiraban a introducir cambios profundos en la sociedad mexicana para liquidar el despotismo y construir un régimen de libertades tanto políticas como civiles. Sostenían la separación de la Iglesia y del Estado, así como la elección democrática del presidente y de los diputados mediante el voto.

Por otro lado, los conservadores proclamaban que el centralismo promovería el orden y la estabilidad, así como una mayor integración nacional; defendían viejas costumbres; luchaban por conservar el orden social que prevaleció durante la dominación española, el cual se basaba en privilegios y favores en beneficio de algunos grupos en detrimento de la mayoría (Carrasco *et al.*, 1976, p. 152).

Tanto liberales como conservadores se interesaron por estudiar las raíces de nuestra nacionalidad. Sin embargo, sus ideales se enfocaban más a la organización política de México. Los aspectos políticos dominaban el escenario, por ende los problemas sociales y económicos no recibían la debida atención (Maciel, 1980, p. 20). Respecto al tema de la raza mexicana, tanto los conservadores como los liberales, tan diferentes respecto a tantas ideas, coincidieron sin embargo en un punto: estuvieron a favor de ‘blanquear’ a la población del país y rehuyeron la mezcla con el negro (Aguirre, 1969, p. 53).

Entre los liberales se encontró el sacerdote y Doctor en Teología José Ma. Luis Mora (1794-1850), quien fundó el partido del Progreso cuyo propósito era el de introducir cambios políticos en la sociedad para quitar el despotismo e introducir libertades políticas y civiles, luchando por la igualdad para la raza indígena. Era una época convulsa, en la cual había cambios presidenciales cada

tres meses y en donde surgió con gran fuerza el ideal de buscar un nacionalismo, ideal que se convirtió en el objetivo principal de los mexicanos.

José Ma. Luis Mora (1794-1850), nació en Guanajuato, estudió filosofía y en 1825 obtuvo su grado de doctor en Teología. Liberalista convencido, se distinguió por su decidido apoyo a la educación a los jóvenes. A pesar de su formación cristiana, no le importaron mucho los problemas religiosos, sino más bien se interesó por la organización social. Se propuso como tarea principal despojar al clero del monopolio que tenía sobre la educación (Escobar, 1974).

Los pensamientos de Mora tienen su raíz en la Ilustración. Aboga por la tolerancia religiosa, la libertad civil y la separación de poderes, inspirado en personajes como Pierre Claude François Daunou (1761 – 1840), estadista e historiador tanto de la Revolución francesa como del Imperio, y el célebre teórico de la ciencia política, el Barón de Montesquieu. Mora afirmaba que la educación era el único medio de superación por el cual podían olvidarse los rasgos poco gratos de la condición humana (Mora, 1963).

Mora hace aportaciones a la naciente antropología mexicana. Dividió a la población del país en tres clases: españoles, indios y castas. Los españoles, a pesar de que sólo constituían un décimo de la población mexicana, acaparaban todas las riquezas y propiedades. Las otras dos clases, que constituían la mayoría restante, se ocupaban principalmente en servicios domésticos (Mora, 1963, p. 204).

Mora, quien separaba claramente la igualdad de derechos de la igualdad de condiciones (Mora, 2008, p. 60), consideraba a la igualdad absoluta como una quimera: “no todos los hombres pueden adquirir o dedicarse a la misma clase de conocimientos, ni sobresalir en ellos; que unos son aptos para las ciencias, otros para la erudición, muchos para las humanidades, y algunos para nada” (Mora, 2008, p. 43). De hecho, en sus estudios sobre la raza mexicana, destaca el poco

aprecio que tenía por los indios. Menciona por ejemplo, que el estado indeseable del pueblo mexicano se debe principalmente a su peculiar constitución biológica, la cual influye en el color de su piel, en sus fuerzas físicas y en sus facultades mentales.

Para Mora, es indudable que los indios y las castas se hallan en el mayor abatimiento y degradación. La ignorancia y la miseria de los indios los coloca a una distancia infinita de un español (Mora, 1963, p. 205). De esta manera, parece reconocer como causa de la inferioridad del indio tanto su propia condición racial como su falta de educación, combinando factores intrínsecos y extrínsecos. Sin embargo, a pesar de su poca estimación por la raza indígena y de manera un tanto contradictoria, sostuvo la tesis de que se le podía mejorar por medio de la educación (Aguirre, 1969, p.55) y no aceptó la superioridad de la raza blanca en términos absolutos:

“Que la diversidad de la distribución funde la diversidad de las facultades. Pero de esta diversidad de aptitudes se deduce la superioridad de una raza sobre otra. La verdad es que las razas mejoran o empeoran con los siglos y que en estos los puede todo la educación” (Mora, 1963, p. 412).

Hace una propuesta para mejorar al país. Los gobiernos – escribe – han sido establecidos precisamente para conservar el orden público *asegurando a cada uno de los particulares el ejercicio de sus derechos y la posesión de sus bienes*, en el modo y la forma que les ha sido prescrito por las leyes y no de otra manera (Escobar, 1974, p. 109).

Mora postula una sociedad abierta en la medida en que sostiene la igualdad de oportunidades para todos los hombres. Pero aclara que es una igualdad legislativa, por que en los hombres siempre hay diferencias de fortunas, goces y habilidades.

En efecto – escribe Mora – “un pueblo que ha vivido bajo un régimen opresor, no se cree libre con sacudir las cadenas que lo tenían uncido al carro del déspota, sino que quiere romper todos los lazos que lo unen con la autoridad y aun la dependencia necesaria que trae consigo la desigualdad de clases, debida no a leyes sino a las diversas facultades físicas y morales con que la naturaleza ha dotado a cada uno de los hombres”. “De esto proviene – nos dice más adelante – que escuchen con entusiasmo y eleven a todos los puestos públicos a los que predicán esa *igualdad quimérica de fortunas, goces y habilidades* para hacerlo todo y se enardecen contra todos los que procuran curarlos de esa fiebre política prodigándoles los apodos más denigrativos, los más insultantes desprecios y las persecuciones más bárbaras y forjando sin advertirlo las cadenas que han de reducirlos a la nueva servidumbre” (Mora, 1963, p. 529).

Así, puede concluirse, que a pesar de sus ideales libertarios e igualitarios, la doctrina de Mora estuvo encaminada a favorecer los intereses de un determinado grupo social. Al considerar que no todos los hombres eran aptos para intervenir en los asuntos del Estado, ya que para Mora la mayoría de las personas que ocupan el gobierno son gente sin educación ni principios.

En resumen, Mora propuso una política a favor de la libertad absoluta de opinión y la supresión de leyes represivas de la prensa. Estuvo por la abolición de los privilegios del clero y de la milicia, así como de la ingerencia del clero en asuntos civiles como la sanción de matrimonios, nacimientos y defunciones. También estuvo a favor de que el Estado adquiriera deuda pública siempre que tuviera como fin el beneficio social, así como de medidas que favorecieran la circulación de la riqueza. Pero además de ello, vale la pena destacar su apoyo decidido a la educación pública y a la difusión de la cultura.

El liberalismo triunfó hacia mediados del siglo XIX, cuando el liberal Juan N. Álvarez encabezó la revuelta contra la política oportunista de Santa Anna, quien terminó abandonando el país el 9 de agosto de 1855. Álvarez creía que el

federalismo ayudaría a una mejor organización de las provincias, a la vez que facilitaría el que éstas tuvieran mayor libertad para resolver sus asuntos internos. La llegada de Álvarez a la presidencia representó el triunfo de los liberales sobre los conservadores. Nombró al general Ignacio Comonfort ministro de Guerra e integró su gabinete con miembros del Partido Liberal, entre ellos, Benito Juárez cuyo puesto que ocupó era el de ministro de Justicia, Melchor Ocampo en relaciones Exteriores, Guillermo Prieto en ministro de Hacienda y Miguel Lerdo de Tejada. A fines de 1855, el gobierno de Álvarez expidió la Ley Juárez, la cual produjo cambios estructurales fundamentales en la organización de la nación, al limitar el poder de la iglesia y del ejército, que habían sido los aliados principales de las fuerzas conservadoras. La Ley Juárez estableció que los tribunales eclesiásticos y militares ya no tratarían asuntos civiles y que éstos pasarían a manos de jueces ordinarios (Cosío *et al.*, 1988, p. 935).

Bajo el gobierno liberal del general Álvarez, el tema de las razas indígenas fue abordado por Ignacio Ramírez, mejor conocido como El Nigromante. Ramírez nació el 22 de junio de 1818 en la Villa de San Miguel el Grande, hoy San Miguel Allende, Guanajuato. Sus padres eran mestizos con predominio de rasgos indígenas (Maciel, 1980, p. 24). Fue un gran educador, periodista, escritor y como un temible polemista, quien al igual que Mora, defendió la idea de separar el clero del Estado. Sostuvo también que la educación era un factor fundamental para solucionar los problemas de la población indígena mexicana.

En el análisis que hace del México de sus días, Ramírez sostiene la idea de que el proceso de fusión racial iniciado por la colonización aún no se había completado; y, lo que quizá sea más significativo, es que señala que sólo a través de un honesto reconocimiento de los caracteres distintivos de los diferentes elementos nacionales, podría alcanzarse eventualmente la homogeneidad nacional. Repetidamente enfatizó que el primer paso de la salvación de los indios era el reconocimiento de sus lenguas, de sus modos de pensar, en una palabra, de su idiosincrasia: “Los indios no llegarán a una verdadera civilización, sino

cultivándoles la inteligencia por medio del instrumento natural del idioma en que piensan y viven”.¹ Ramírez se convirtió al indigenismo y elaboró una propuesta concreta para los indios, que rechazaba de entrada el pretendido remedio rápido pero engañoso de la inmigración y la europeización. Con un rechazo radical al blanqueamiento, Ramírez propuso la reivindicación del indio mediante un adecuado proceso educativo que lo condujera a la recuperación de los derechos que le correspondían como ciudadano en igualdad de condiciones con la población de ascendencia europea (Maciel, 1980, p.146).

Al igual que otros pensadores mexicanos del siglo XIX, Ramírez apoya la educación de los indios como la mejor estrategia para tener una sociedad estable y coherente. Los programas educativos se consideraron como el detonante para el ‘despertar’ de las masas indígenas, inactivas e ignorantes: "Fuera de los conocimientos generales... los indígenas deben conocerse a sí mismos y tener nociones exactas sobre todo lo que los rodea, no como sabios, sino como hombres bien educados, responsables de sus acciones y miembros de una sociedad deliberante y soberana" (Maciel & Jélomer, 1984). De esta manera, Ramírez elabora sus ideas sobre la educación de los indios con base en un análisis de sus necesidades concretas, a partir de su profundo aprecio por la cultura autóctona.

La preocupación por la diversidad racial llevó al Nigromante a la conclusión de que era necesaria la fusión de todas las razas para poder llegar a la transformación de la especie humana, idea que retomaría posteriormente José Vasconcelos. La “raza cósmica”, la “quinta raza” de Vasconcelos era un concepto esencialmente similar a la raza nueva y fusionada de Ramírez (Aguirre, 1969, p. 67), quien creía que el nuevo hombre del siglo continuaría teniendo al mismo tiempo sangre africana, esquimal, caucásica y azteca. De esta manera, guiado por su ateísmo, Ramírez combatía la tesis ortodoxa de la Iglesia Católica. A la idea

¹ No deja de llamar la atención la consonancia de esta idea de Ramírez con la hipótesis de relatividad lingüística de Sapir-Whorf, por más anacrónica que resulte la comparación. (Sapir 1958 [1929])

bíblica del origen de las distintas razas a partir de la diferenciación de una sola raza original, opuso la premisa de la diversidad racial de origen.

Ramírez, quien era un humanista radical, promovió incluso la idea de la grandeza de la cultura indígena y equiparó al indio con el blanco (Maciel, 1980 p.147). Fundó un periódico de oposición a los conservadores, llamado *Temis y Deucalio*, donde se publicó un artículo importante titulado “El indio”, en el cual analizó aguda y certeramente la situación de los indios así como la forma en que éstos eran explotados (Maciel, 1980, p. 49) y luchó por una constitución que privilegiara a los débiles, los ignorantes y los desposeídos.

Otros liberales como Juan Álvarez y Ponciano Arriaga propugnaron por establecer leyes a favor de los desposeídos y por desterrar los abusos y arbitrariedades que se cometían en su contra (Cosío, *et al.*, 1988).

La ley de Lerdo, promovida por los liberales, le restaba propiedades al clero y promovía el reparto de tierras baldías entre los militares como pago a sus servicios, así como las concesiones a colonos extranjeros y la adjudicación de terrenos a los habitantes de los pueblos (Colmenares, *et al.*, 2007).

Los liberales, concedores de otros textos constitucionales como la constitución política francesa y la estadounidense, impulsaron en los debates la inclusión de las libertades individuales en la constitución de 1857 (Ceceña, 1970).

El mandato constitucional de 1857 establecía que la soberanía nacional radicaba en el pueblo, el cual la ejercía por medio de los tres poderes establecidos en la constitución.

Los conservadores vieron en la nueva constitución una amenaza a sus intereses, de modo que la rechazaron y se opusieron firmemente a su aplicación.

Con la finalidad de legitimarse, los liberales promulgaron las leyes de Reforma (1859), las cuales fueron todavía más liberales que la Constitución de 1857, e incluían la ley de nacionalización de bienes eclesiásticos, la ley del matrimonio civil, la ley del registro civil, la ley sobre el estado civil de las personas, el decreto que prohibía la intervención del clero en los cementerios y la ley sobre la libertad de cultos.

En 1861, el gobierno liberal encabezado ahora por Benito Juárez, intentó consolidar su victoria sobre los conservadores, restablecer el orden constitucional y reorganizar al país. Dedicó una especial atención a la educación. Sin embargo, la lentitud de estos cambios provocó que, tanto miembros de los liberales como de los conservadores, pidieran su renuncia. Juárez, presionado por los poderes extranjeros para pagar la deuda exterior, no podía atender con la celeridad deseada los problemas internos del país, por lo que Juárez protestó por la ineficacia del gobierno. Por su parte, los conservadores comenzaron a difundir la idea de la necesidad de una intervención francesa en nuestro país.

Fue bajo esta situación que vivía el país, que el emperador Napoleón III pretendió ampliar su influencia y dominio en las antiguas colonias españolas de América. Con el propósito de detener el expansionismo estadounidense, consideró seriamente la posibilidad de intervenir en México.

Los franceses tenían el apoyo de los conservadores y declararon su propósito de instaurar un gobierno monárquico en México, con el auxilio de las tropas francesas. Invadieron el país y llegaron a la ciudad de Puebla, en donde fueron derrotados por las fuerzas mexicanas al mando del general Ignacio Zaragoza el 5 de mayo de 1862 (Cosío *et al.*, 1988).

Además del anhelo por instaurar una monarquía extranjera en México, muchos de los conservadores compartían la tesis de la superioridad de la raza blanca. Así, José María Gutiérrez de Estrada desde 1840 sostuvo, en una carta

pública, la necesidad de implantar en México una monarquía, con un príncipe europeo al frente del nuevo gobierno, argumentando que los mexicanos eran incompetentes para gobernarse por sí mismos (Cosío, *et al*, 1988). Otro conservador que apoyó la idea de la intervención extranjera fue Francisco Pimentel (1832-1893). Conocedor de los trabajos de Petrus Camper, sostuvo que los indios tenían un ángulo facial que se aproximaba al de la raza europea en su trabajo *Memorias sobre las causas que han originado la situación actual de la raza indígena de México y medios de remediarla* (Pimentel, 1864, p. 212). Asumía así la idea propuesta en 1755 por el anatomista holandés y pionero de la craneometría, de que la capacidad intelectual del hombre podía medirse por la extensión del ángulo facial. Camper dibujaba una línea – la línea facial – que iba desde el labio superior hasta el punto más prominente de la frente por encima de los ojos; y cruzaba ésta con la horizontal, que pasaba por la abertura auricular y la base de la nariz (Stabb, 1959, p. 411). Basándose en los estudios de Camper, Pimentel pudo comprobar que el indio mexicano tenía la misma capacidad craneal y por tanto intelectual que las razas europeas. Sin embargo, el indio mexicano tenía grandes problemas psicológicos y morales que lo mantenían en el atraso (Gall, 2004, p. 44).

“En cuanto a su carácter, el indio es grave, taciturno y melancólico, aun en sus fiestas y diversiones; flemático, frío en sus pasiones y lento en sus trabajos; pero esto hace que lleve a la perfección toda obra que requiera mucha paciencia. El indio es sufrido y resignado; y aunque se le ha negado que sea agradecido, la experiencia demuestra lo contrario, como dice un buen observador (Clavijero). El maltratamiento que los indios han sufrido siempre, los ha hecho serviles, desconfiados, hipócritas, tímidos, mentirosos y aun pérfidos. Generalmente hablando, no conocen la avaricia, y por el contrario, son pródigos, gastan cuanto tienen, viven con el día, y el porvenir jamás los inquieta. En fin, todo da a conocer que el indio es egoísta; en medio de su flema y de su apatía general le vemos salir de ellas cuando se trata de sus intereses particulares, de su pueblo, de su habitación o de sus terrenos: por lo demás, para el indio no hay patria, gobierno ni

instituciones, todo lo ve con indiferencia. En resumen, el indio sólo tiene las virtudes propias de la resignación, resultado natural de los tristes acontecimientos que le han educado” (Urías, 2005, p. 358).

Francisco Pimentel trató de despertar el sentido nacionalista de los indios, el cual habían perdido durante tantos años de sometimiento. Su intención era desaparecer el término “raza”, no solo de derecho sino de hecho. Sin embargo, expresa que las condiciones en que se encuentran los indígenas mexicanos son un impedimento para su integración a una nación moderna: “mientras los indios estén embrutecidos y degradados, mientras no tengan necesidades físicas y morales, ideas de patria, honor y deber” (Pimentel, 1864, p. 218), no podrán contarse como parte de la nación mexicana. Es decir, no habría posibilidad de una nación propia en ausencia de un espíritu público compartido por todos los ciudadanos. En el trabajo anteriormente mencionado, Pimentel planteó una serie de soluciones para elevar el sentido nacionalista y mejorar a la raza indígena, entre ellas, la inmigración europea.

Llama la atención que si bien tanto los conservadores como los liberales se preocuparon por los derechos de los indios, pasaron simplemente por alto los derechos de los negros.

En general, en la historia del pensamiento antropológico en México, se ha sumergido en el inconsciente popular al negro. Cuando los hombres de letras razonan sobre las raíces de nuestra nacionalidad, se refieren única y exclusivamente al indio y al blanco; cuando se habla de la fusión de la raza indígena queda implícito que se está pensando en el indio y el blanco mientras que del negro, ni quien se acuerde (Aguirre, 1969, p. 53).

Con todos estos acontecimientos, el pueblo mexicano se veía sumido cada vez más en un estado de confusión y desorden. Fue entonces cuando, la figura de Porfirio Díaz apareció como el polo opuesto a Juárez. Tanto Ramírez como

Pimentel, el uno liberal y el otro conservador, vieron en el general oaxaqueño a un líder dinámico, enérgico, nacionalista y que, con seguridad, se mantendría fiel a los principios liberales de la Constitución de 1857 (Maciel, 1980, p.109).

2.2 Periodo de Porfirio Díaz

Porfirio Díaz nació el 15 de septiembre de 1830, dentro del seno de una familia pobre. Aprendió a escribir, leer y rezar, aunque no adquirió una buena cultura y nunca logró expresarse bien. En 1846, encontró su vocación al jugarse la vida contra los invasores norteamericanos. En 1871, después de varios intentos fallidos, vuelve a presentarse como candidato a la presidencia, cargo con el que se había obsesionado (Bernal *et al.*, 2008, p. 658).

El Porfiriato se desarrolló durante un largo período que se extendió desde noviembre de 1876 hasta mayo de 1911, solo interrumpido por el período de 1880 a 1884, en el que Díaz puso al general Manuel González en la presidencia. Este largo período fue posible gracias a que Díaz dominó tanto al congreso como al poder judicial, consiguió la sumisión de los gobiernos estatales y el control de la prensa. Además, contó con el apoyo del ejército, los hacendados, el clero y la burguesía, tanto nacional como extranjera (Florescano y Gil, 1976, p. 474). Todo ello favoreció la concentración del poder político en manos del presidente de la república.

Durante el Porfiriato, la iglesia recuperó gran parte de sus antiguos privilegios mediante el pacto que estableció con el gobierno, que ignoró las leyes de Reforma. Las escuelas de las congregaciones religiosas volvieron a funcionar libremente, la Iglesia incrementó sus propiedades y Díaz hizo ostentación pública de su credo católico.

Desde que Díaz ocupó la presidencia por segunda vez en 1884, su gobierno comenzó a perfilarse como una dictadura militar. No obstante, trató de cumplir con algunas tradiciones republicanas, por ejemplo, no suprimió la

constitución ni las elecciones, aunque ejerció el control del congreso y no toleró la formación de partidos políticos de oposición. El mecanismo que utilizó el dictador para ejercer el poder por más de treinta años consistió en reformar la constitución una y otra vez, según le conviniera (Cockcroft, 1978).

Durante el Porfiriato, el grupo de los 'científicos' adquirió gran poder e influencia. Este grupo, de naturaleza diversa y abigarrada, aunque nunca tuvo una organización formal, participó activamente en la formación y permanencia del régimen porfirista. Los científicos se encargaban de ejecutar las órdenes del presidente y de dirigir la administración del Estado. El grupo de los científicos incluía a los secretarios de Estado más cercanos a Porfirio Díaz, a personajes encumbrados de las finanzas, la minería, la industria, y otras ramas de la economía, así como a profesionistas, artistas y personajes populares (Florescano y Gil, 1976, p. 485). Si bien gozaban de los privilegios del poder, los científicos no intervenían en las decisiones de gobierno, las cuales eran privilegio exclusivo de Porfirio Díaz.

Algunos de los científicos, sin embargo, lograron influir en los criterios de la orientación oficial de la educación, convencidos de que la instrucción pública era un factor imprescindible para el progreso y bienestar del país (Bernal *et al*, 2008, p. 672). Para Justo Sierra, la única esperanza de México contra el imperialismo norteamericano y la invasión del capital extranjero, era la educación (Yáñez, 1962, p. 150).

Los 'científicos'² se ufanaban de emplear métodos justamente científicos en la dirección y administración del Estado. Este grupo acaparaba los puestos de mayor importancia en el gobierno porfirista (Delgado de Cantú, 2003, p. 152). Entre los principales líderes de este grupo estaban Manuel Romero Rubio, José Ives Limantour, Rosendo Pineda, Pablo Macedo y Justo Sierra. Jugaron el papel

² Llamados así de manera socarrona por el pueblo; también se les decía los 'cientísicos' (Bernal, 2008, p. 672)

de elaborar la ideología del Porfiriato. Apoyaron una estrategia política que podría resumirse en los siguientes puntos:

- Reforzar el orden para asegurar el progreso del país.
- Atraer capital extranjero, pues era el único medio para superar el atraso de México.
- Otorgar privilegios especiales a empresarios de otros países.
- Gobernar sin tomar en cuenta al pueblo, pues los mexicanos no estaban preparados para la convivencia democrática.

El grupo de los científicos adoptaron el positivismo de Augusto Comte, comprometiéndose con dos ideas fundamentales respecto a las razas: (1) las diferencias raciales no estaban relacionadas con cualidades intelectuales ni morales y (2) el grado de logros sociales entre las razas tenía como causa las condiciones sociales y no la herencia ni las condiciones físicas del entorno. (Aguirre, 1969, p. 52). Comte creía que no había una secuencia de inferioridad a superioridad entre las razas, sino más bien, que las capacidades de las distintas razas eran complementarias y su dominancia era relativa, pues había variado a lo largo de la historia. La concurrencia de las diferentes razas era necesaria para el curso adecuado de la humanidad hacia el progreso (Aguirre, 1969, p. 55). Así, los científicos trataron de adaptar estas ideas para el beneficio de la raza mexicana. No se trataba, como decía Justo Sierra, de formar un alma sajona en el pueblo mexicano, lo cual sería 'ridículo y casi imbécil', sino de buscar la asimilación "sin renegar tontamente y en vano de lo que somos por nuestro abolengo, por nuestro temperamento y nuestro medio" (Yáñez, 1962, p. 150). Sin embargo, los científicos también utilizaron el evolucionismo social spenceriano para justificar y legitimar 'científicamente' el poder y la riqueza de ciertos grupos, entre ellos los allegados a Porfirio Díaz, y al mismo tiempo, la existencia de millones de indígenas desposeídos de sus tierras, carentes de empleo y sin educación (Ruiz, 1987, p. 147).

Los científicos usaron la doctrina positivista y el darwinismo de Spencer para afirmar que el progreso produce fatalmente una clase social afortunada, la mejor dotada y la que ha sido seleccionada en la lucha por la existencia, y que tiene, por lo mismo, el derecho natural, casi sagrado, de explotar y sujetar a su dominio a los ineptos (Zea, 2005, p. 31).

Así como el comtismo surgió como una ideología de un grupo social determinado, el positivismo mexicano desarrollado por los 'científicos' sirvió principalmente a un grupo que destacó a la ciencia y a la educación como la única solución al problema del mexicano (Zea, 2005, p. 48).

A pesar del ideario republicano y liberal, durante el Porfiriato sólo los grupos acomodados tuvieron acceso a la educación y la cultura. La mayoría de campesinos, obreros y gente pobre de las ciudades carecía de recursos para asistir a la escuela o para relacionarse con los centros de difusión de la cultura. Los funcionarios porfiristas y los personajes más cultos de la época no tuvieron aprecio por los valores tradicionales de la cultura mexicana y se inclinaron por los modelos extranjeros, a los que imitaron. Las costumbres, gustos y modas tenían un origen francés (Colmenares *et al.*, 2007), lo mismo que las diversas manifestaciones de la cultura.

Se ha señalado que el grupo privilegiado del Porfiriato alcanzó notables avances, tanto en el terreno cultural y artístico como en el intelectual (Herzog, 1980). El gobierno de Porfirio Díaz impulsó considerablemente la educación pública mediante los congresos pedagógicos nacionales, la creación de escuelas normales, la modernización de la escuela primaria, la edición de revistas y periódicos de carácter pedagógico y la acción reformadora de métodos y programas realizados por un grupo de distinguidos pedagogos mexicanos y extranjeros, entre los que destacó Enrique C. Rebsamen (Delgado de Cantú, 2003).

Por lo general, los grupos acomodados enviaban a sus hijos a las escuelas particulares, dirigidas por congregaciones religiosas, y luego a los centros educativos europeos y estadounidenses. Los empleados y pequeños propietarios urbanos con ingresos medios, recurrían frecuentemente a las instituciones del gobierno. Las clases populares y la población rural no recibían educación. En 1910 el analfabetismo era aproximadamente de un 80% (Roeder, 1981).

Uno de los principales pensadores mexicanos del grupo de los científicos, fue Rafael de Zayas Enríquez (1848-1932), educador, poeta y sociólogo, quien realizó un estudio sobre la raza indígena en 1887, llamado *La rendición de una raza*. En este estudio sociológico dedicado a Porfirio Díaz, caracterizaba moralmente las razas indígenas y daba algunas directrices para mejorarlas. Encontró grandes defectos en los indios, como la ausencia de un sentimiento patriótico y una incapacidad de amar, propios de una raza degenerada. Adoptando el enfoque del determinismo biológico, creía que el destino de las razas indígenas era la extinción, debido a una herencia degenerativa (Urías, 2005, p. 362). Sin embargo, de manera sorpresiva y contradictoria, abría una posibilidad de rehabilitación al afirmar que no toda la herencia indígena era degenerada. Propuso entonces como medida correctiva la educación pública a través de escuelas rurales, sobre todo la educación primaria obligatoria, así como la creación de sociedades protectoras de los indios. Zayas confiaba que estos programas serían eficaces en la redención del indio, pues creía que sus capacidades mentales podían alcanzar el mismo grado que el que tenían las razas europeas. De este modo, adoptó finalmente una política humanitaria, propia de los inicios de la época victoriana, que ya en las últimas tres décadas del siglo XIX había sido descalificada por algunos antropólogos europeos, quienes la consideraban puro sentimentalismo (Stabb, 1959, p. 416).

Pero la degeneración de la raza india no solo se evidenciaba en defectos morales, sino también físicos:

“El indio entregado a sí mismo desaparece, y concluirá por desaparecer de la tierra, pues transmitiendo todos los gérmenes de su destrucción a sus herederos (y a cada generación son mayores y más desarrollados esos elementos de muerte) se opera en ellos el suicidio colectivo de toda una raza. ...El raquitismo, la escrófula, la tisis, las afecciones sifilíticas y el alcoholismo hacen estragos espantosos en esa raza” (en Lomnitz, 1993, p.177).

Zayas realizó una investigación de las principales teorías en las que estaban fundadas las ideas sobre las razas mexicanas: el debate en torno al poligenismo y el monogenismo, la cuestión de la unidad o pluralidad de la especie humana, las diferentes clasificaciones de las razas humanas y las hipótesis acerca de los orígenes de los primeros pobladores de América. Concluyó entonces que en una época remota, varias razas procedentes de Europa habían llegado a América, por lo que la raza mexicana podía ser rehabilitada en la medida en que procedía del mismo tronco que las razas blancas. Sin embargo, como ya se mencionó anteriormente, Zayas consideraba que el indio era una raza degenerada e incapaz de lograr su transformación por sí misma, no solo debido a sus propias limitaciones, sino porque además albergaba un odio justificado contra el blanco, lo cual le impedía recibir cualquier cosa que viniera de él. Sin embargo, Zayas nunca descartó la idea de que el indio podía llegar a ser igual que el blanco, siempre que hubiera una política adecuada. De las condiciones sociales dependía que el indio pudiera levantarse de su estado de postración y alcanzar un estado noble, a la par de las llamadas razas privilegiadas (Urías, 2005, p. 362). Así, con una vuelta de tuerca inesperada, concluye con una posición humanitaria, inconsistente con el discurso que había desarrollado.

El político, ingeniero de minas, sociólogo, periodista y escritor Francisco Bulnes (1847-1924), quien fuera diputado y senador del gobierno porfirista, también abordó el tema del estado del indio. Elaboró una teoría de corte ambientalista para demostrar que la superioridad del blanco sobre el indio y el asiático se debía básicamente a la dieta: “*el hombre es lo que come*”. Bulnes, quien se había decepcionado del postulado positivista de la evolución progresiva

de las sociedades, veía al indio como una raza desmejorada (Gillaspie, 1967: 33-34).

Bulnes fue una de las personalidades más fascinantes y controvertidas que surgieron durante los años del Porfiriato. Aunque no formó parte del grupo de la élite de los 'científicos', fue uno de los principales exponentes del positivismo mexicano y uno de los principales ideólogos del régimen de Díaz. Apoyó la idea de que una oligarquía aristocrática era la que debería gobernar el país. De personalidad compleja y protagónica, Bulnes no contó con el apoyo ni de los conservadores ni de los liberales (Gillaspie, 1967,) y terminó por convertirse en el personaje paradigmático que simbolizaba el ateísmo y tiranía de los científicos. Hizo una dura crítica a los héroes nacionales, especialmente a Juárez (Dirk, 1977), donde afirmaba que el positivismo político sólo había servido para justificar el poder de unos cuantos. Comprometido con un interés por mejorar las condiciones del país, Bulnes abordó el tema racial. Sostuvo que las características raciales estaban determinadas rígidamente por la dieta básica de un pueblo. Por ello, el indio era una raza inferior, pues consumía maíz, mientras que la dieta del blanco, consistente en trigo, un grano de excelentes propiedades nutritivas, había conferido a los europeos su superioridad física e intelectual. Por su parte, el arroz, el peor de los granos y componente básico de la dieta de los pueblos orientales, era el responsable de haberlos convertido en la raza más débil. La carencia de proteínas, nitrógeno y fósforo del maíz, los cuales eran la principal materia del cerebro, explicaba por qué los indígenas americanos no podían competir con la raza superior. Parecería fácil concluir que el problema de la deteriorada condición social del pueblo mexicano podía resolverse de manera simple: bastaba un cambio de dieta.

Sin embargo, Bulnes introdujo entonces otros factores, considerados por Gobineau como de poca relevancia para la civilización, tales como el clima, la administración, la inmigración, las instituciones, el gobierno y la mezcla de sangres con individuos de la raza blanca (Aguirre, 1969, p. 59).

América Latina, decía Bulnes, había padecido, para su mala fortuna, un clima tropical, una mala administración colonial por parte de España, un exceso de burocracia y poca inversión extranjera. Entonces Bulnes se declara a favor de promover la inmigración de blancos para mejorar la raza indígena. Considera a los trópicos como malditos, pues su clima hace fracasar a las razas que los habitan.

Sin embargo, no deja claro si el criterio para considerar como inferior o superior a una raza es lo biológico o cultural. En resumen, su explicación incluye factores hereditarios así como factores ambientales. La fuerza del clima, las limitaciones de la dieta nacional y el determinismo inmutable de sangre, son los factores que hacen que un pueblo sea superior o inferior.

Otro de los 'científicos' más influyentes fue Justo Sierra. Si bien Sierra fue un promotor de las ideas republicanas y liberales, en sus años de juventud, cuando le cautivaba la pasión por la poesía, manifestaba en una carta, dirigida a su madre, dos sentimientos fundamentales que movían su espíritu: teísmo y patriotismo. Veía el futuro de la patria en las manos de las mujeres mexicanas, tomando como modelo a las norteamericanas, llenas de devoción religiosa y de amor a la patria (Yáñez, 1962, p. 40-41). Su anticlericalismo junto con su sentimiento religioso, pintan un Sierra de personalidad compleja, que permanentemente mantuvo batallas personales tratando de resolver sus contradicciones internas.

Sierra es un ejemplo de los liberales que en el siglo XIX promovían la igualdad de los ciudadanos bajo una lógica republicana, al mismo tiempo que difundían el discurso racista (Sánchez - Guillermo, 2007, p. 2). Llama la atención descubrir que el racismo decimonónico tuvo su raíz en la mestizofilia reinante durante las vísperas de la Revolución Mexicana.

Desde los inicios de la guerra de Independencia, se había iniciado la búsqueda de la identidad americana, como parte del afán independentista, que anhelaba deslindarse de la identidad española. Ya durante el Porfiriato, la idea del mestizaje había adquirido una connotación racista, pues el proyecto de promover la inmigración se dirigía específicamente a los colonos blancos, lo cual implicaba que el mestizaje entre indios y negros, o entre indios y asiáticos, era no sólo indeseable, sino incluso peligroso. Aunque excepcionalmente hubo liberales que no manejaron ideas racistas, como Tadeo Ortiz de Ayala, era común entre ellos considerar a los indígenas como ineptos para la modernidad y potencialmente peligrosos para las élites criollas (Sánchez - Guillermo, 2007, p. 5-6). Ortiz entendía que el vínculo de la nacionalidad mexicana era de naturaleza política, no racial. La identidad nacional debería tener una base económica, por lo que impulsó la idea de dotar de tierra a los habitantes del país, con el fin de que fueran propietarios, aunque fuera de una mínima porción de tierra, pues ello era condición para que tuvieran una razón objetiva para luchar por una causa común. En ello coincidió con otros liberales, como el Dr. José María Luis Mora, quien también sostenía que solamente se podía considerar como verdaderos ciudadanos a los propietarios, a los que poseyeran algún bien el cual defender.

El racismo del período colonial se reconstruyó con connotaciones claramente diferentes durante el Porfiriato. En tanto que durante el período de la dominación española se reconocía clara y llanamente al indio como inferior, incluso para justificar su explotación, no se pensaba en su desaparición. En cambio, durante el liberalismo, a la vez que se promueve el concepto de igualdad social, paradójicamente se busca la desaparición de los indios, no mediante su exterminio físico, pero sí a través de dos principales procesos: (1) el mestizaje y (2) el aculturamiento. Incluso se ha hecho notar que en las políticas de blanqueamiento que se apoyaron durante el Porfiriato, había no sólo un racismo manifiesto, sino también un sexismo velado, pues se daba por hecho que las cruas deberían ser entre inmigrantes masculinos blancos con mujeres indígenas, y de ningún modo entre indios varones con mujeres blancas (Sánchez - Guillermo,

2007, p. 6-7). Ello se explica como resultado del elemento racista de la ideología criolla, que tenía el estereotipo del indio varón como un individuo borracho y perezoso. Sin embargo, a la mujer india no se le veía de la misma manera, pues se le consideraba más digna de tener por marido un colono europeo emprendedor en vez de un indio carente de aspiraciones. Tal concepción conllevaba la extraña idea de que la mujer, religiosa, trabajadora y sin vicios, transmitiría la cultura a sus hijos, pero no sus rasgos raciales; es decir, se concebía a la mujer india como un mero receptáculo para aculturar un producto ya formado en su totalidad por el hombre.

La mestizofilia desarrollada durante el Porfiriato y la Revolución se inspiró, al igual que la tesis de la superioridad de la raza blanca, en las ideas evolucionistas de Darwin y Spencer, aunque rechazó el racismo extremo de pensadores como Gobineau y Le Bon, quienes veían al mestizaje como sinónimo de degeneración racial. Llama la atención la manera en que Justo Sierra Méndez se apartó del concepto de su padre, Justo Sierra O'Reilly. En su libro *Los indios de Yucatán*, (Sierra, 1994), Sierra O'Reilly comparó la situación de México y la de Estados Unidos. Mientras que los españoles convivieron con los indios en un mismo terreno, los severos puritanos anglosajones se apartaron celosamente de los indígenas, sin tener con ellos más que las relaciones más estrictamente necesarias. El resultado era evidente. Los Estados Unidos se habían convertido en una nación pujante, contrastando con las naciones hispanoamericanas, las cuales se encontraban en un estado de desorganización y decadencia (Rodríguez, 1987, p. 321-322). Mientras que para Sierra O'Reilly la mezcla de razas había producido consecuencias nefastas, para su hijo, Sierra Méndez, el mestizaje se convirtió en el camino hacia el establecimiento de una nacionalidad mexicana propia.

Así, Justo Sierra hijo intenta exorcizar la malignidad que según Gobineau, producía el mestizaje. Propone incluso la temeraria hipótesis de vincular a los indígenas de América con los arios, a través de la mítica Atlántida; luego concibe a

los mexicanos como una estirpe pura, de modo que su cruce con la raza aria ya no sería pernicioso, pues siendo la blanca y la mexicana dos razas puras, no producirían híbridos degenerados (Sánchez - Guillermo, 2007, p. 10). De este modo intenta construir un argumento a favor de la mestizofilia. Critica la idea gobineana de que el mestizaje es el deterioro de la raza, señalando que carece de valor epistémico, aunque ello no le evita caer en la contradicción de manifestar rechazo al mestizaje del indio con la raza negra, pues en tal caso sí ocurriría un retroceso:

“el negro oscurece toda cuestión social” (Aguirre, 1969, p. 53).

La idea del cruzamiento del indio con individuos de la raza blanca, con el fin de mejorar la raza indígena, fue común entre los intelectuales mexicanos. Sierra Méndez comentaba:

“Nos falta devolver la vida a la tierra, la madre de las razas fuertes que han sabido fecundarla, por medio de la irrigación; nos falta [...] atraer al inmigrante de sangre europea, que es el único con quien debemos procurar el cruzamiento de nuestros grupos indígenas, si no queremos pasar del medio de civilización, en que nuestra nacionalidad ha crecido, a otro medio inferior, lo que no sería una evolución si no que una regresión”. (Suárez, 2005, p. 89).

El creador de la Universidad de México, un criollo influido por las formas culturales de Europa, habla en nombre de una burguesía mexicana conformada por unos cuantos grupos privilegiados, los cuales lograron construir la Reforma. Estos privilegiados eran los que habían pasado por el colegio y se habían llenado de ensueños el cerebro, de ambiciones el corazón y de apetitos el estómago (Yáñez, 1962, p.40). Sin embargo, Sierra Méndez hace importantes aportaciones para lograr el beneficio del indio. Reconoce a la familia mestiza como el factor dinámico de nuestra historia, a pesar de estar llena de errores y vicios, y le asigna el papel de empezar a mover la riqueza estancada en nuestros suelos.

Sierra Méndez revela su firme convicción de que la inferioridad de un determinado grupo no es una característica innata, sino simplemente una cuestión de educación inferior: "... en igualdad de circunstancias, de dos individuos o dos pueblos, aquel que es menos instruido es inferior." (Stabb, 1959, p. 415). Al explicar sus puntos de vista sobre la capacidad de educación del indio y la posibilidad de modificar la sociedad de esta forma, es decir, a través del esfuerzo humano, adopta un evolucionismo social spenceriano y rechaza así el determinismo biológico.

Otro estudioso que también abordó el tema racial en este periodo fue Andrés Molina Enríquez (1868-1940), un reconocido abogado, sociólogo y escritor mexicano de ideología positivista, nacido en Jilotepec, Estado de México. En 1909 realizó un trabajo titulado "Los grandes problemas nacionales", en donde aborda el problema de una población mexicana disgregada y dispersa en el territorio nacional. La vía para resolver esa disgregación es, según Molina Enríquez, el mestizaje. La mezcla de sangres sería lo mejor para el México moderno y el mestizo conjugaría lo mejor tanto de la herencia española como de la india (Sámano, 2004, p. 142).

Molina Enríquez concibe al mestizo como la raza más fuerte, la más poderosa y la más patriótica de todas las razas habitantes de México, cohesionada por compartir las mismas conductas, sentimientos e ideas. Era superior en carácter a los criollos y a los indios, pues los mestizos eran "enérgicos, perseverantes y serios", mientras que los criollos eran "audaces, impetuosos y frívolos" y desde luego, también era superior a la raza de los indios, que eran "pasivos, impasibles y taciturnos" (Doremus, 2001, p. 379). Como ya se había comentado, en esta promoción del mestizaje, hay un fondo claramente racista, pues en ese proceso de mezcla, desaparecen los indios junto con su cultura.

Molina Enríquez compartió con Luis Cabrera y Manuel Gamio la idea del mestizo como el resultado de la cruce entre padre español y madre indígena, la

cual implica también una relación entre género y raza. A partir de este concepto de mestizo se desarrollaría toda una mitología nacionalista expresada tanto en la pintura como en la literatura. Esta idea implica la identificación del elemento masculino con lo europeo y el femenino con lo indígena: “A la larga, el yunque de la sangre indígena siempre prevalecerá sobre el martillo de la sangre española” (Lomnitz, 1993, p. 189).

En esta concepción del mestizo se sintetiza la creación de un nacionalismo proteccionista y a la vez moderno, ya que el mestizo incluía el elemento masculino europeo, caracterizado por su naturaleza épica y activa, y al mismo tiempo incluía también el elemento femenino indígena, la herencia materna la cual quedaba protegida de deslealtad europea hacia la tierra y la cultura indígena. Con ello, la identidad que no pudieron encontrar los criollos quedaba resuelta (Lomnitz, 1993, p. 190).

Molina considera que el elemento más fuerte de la sociedad mexicana es el mestizo: “Es indudable que el elemento mestizo es el mas fuerte, puesto que en una larga carrera que ha durado mas de tres siglos, a través de inmensas dificultades, y en lucha con los demás elementos – el blanco y el indio – ha llegado a preponderar. Su fuerza le viene de su sangre indígena, y como está en contacto íntimo y en constante cruzamiento con el elemento indígena que es todavía numeroso, puede renovar y renueva de un modo incesante sus energías. (Molina, 1909, p. 257).

Molina hace un análisis sobre las ventajas y desventajas de la mezcla que ha producido al mestizo, y a pesar de promover el mestizaje, denota cierta desesperanza.

“En particular, el tipo del mestizo era y es tipo de raza inferior: le ha faltado el pulimento de bienestar largo tiempo sostenido; pero es inconfundible también. El mestizo es plebeyo: se apellida Pérez, Hernández, Flores, etc. De color moreno, que en las mujeres se dice color apiñado, es más moreno que el europeo meridional, aunque menos que el indígena puro, y en las costas es pinto: su cabello es en lo general negro y rebelde, su barba negra y escasa, su cuerpo tosco y robusto,

en su continente serio y grave, y su conjunto á la vez fuerte y dulce. El mestizo, que siempre ha sido pobre, es vulgar, rudo, desconfiado, inquieto é impetuoso; pero terco, fiel, generoso y sufrido ... Creemos, pues, tener razón al afirmar que las razas de más adelantada *evolución*, tienen mas acción, y que las razas de más adelantada selección tienen más resistencia. Esta afirmación apoyada en todas las razones antes expuestas, autoriza esta otra que también hicimos: las razas de resistencia son más fuertes que las razas de acción...Dada la poderosa fuerza étnica y selectiva de los elementos indígena y mestizo, ó mejor dicho, mestizo e indígena, estos elementos no serán vencidos por los demás interiores del país . . . Ni la (raza) indígena ni la mestiza, á pesar de la mejoría que ésta ha logrado, se distinguen, como hemos tenido ocasión de decir, ni por su hermosura, ni por su cultura, ni en general por los refinamientos de las razas de muy adelantada evolución, sino por las condiciones de su incomparable adaptación al medio, por las cualidades de su portentosa fuerza animal” (Stabb, 1959, p. 408).

En breve, Molina Enríquez considera que a pesar de algunas características aparentemente ‘inferiores’ de los mestizos e indios, en realidad los mestizos son una raza avanzada, en virtud de que han surgido mediante la selección, adaptados a su medio. Por tal razón, desde un punto de vista estrictamente biológico, los mestizos constituían un grupo superior.

En la última parte del Porfiriato las propuestas de la *Sociedad Indianista Mexicana* pusieron de manifiesto la interacción de dos grandes corrientes que animaron la reflexión de los científicos sociales acerca del indígena. Por un lado estaban las ideas evolucionistas que marcaron las primeras formulaciones de las ciencias sociales en torno al fenómeno étnico, y por otro los planteamientos de la beneficencia y la filantropía que había sido desarrollada durante el siglo XIX a fin de transformar la condición de las clases menesterosas. Para los filántropos mexicanos, el indígena fue un sujeto sobre el que había que ejercer una acción regeneradora a través de instituciones y programas de ayuda, los cuales tenían como propósito introducir nuevos hábitos de conducta, de trabajo y de higiene personal. En contra de los evolucionistas más recalcitrantes, los llamados ‘indianistas’ sostuvieron que aunque el indígena se encontraba en un estado de atraso evolutivo en relación al resto de la sociedad, era posible regenerarlo e incluirlo en un proyecto moderno de sociedad (Urías, 2005, p. 364).

2.3 El Nacimiento del México Moderno

La inconformidad acumulada contra el régimen de Díaz desencadenó finalmente la rebelión en contra de la dictadura, produciendo la primera revolución social del siglo XX. El inicio del movimiento fue liderado por el intelectual y político Francisco I. Madero (1873-1913), que con su lema “Sufragio efectivo, no reelección”, logró despojar a Díaz del poder para lograr ocupar la presidencia en 1911.

El movimiento que tenía como finalidad el derrocamiento de Porfirio Díaz de la presidencia de la República, fue apoyado por grandes sectores de la sociedad mexicana, principalmente por los campesinos, esperanzados en recuperar sus tierras y su libertad. Había una marcada desigualdad social, con una población indígena explotada por un lado mientras por otro, una oligarquía acumulaba los bienes y riquezas.

La revolución mexicana terminó con el Porfiriato. Algunos caudillos, como Madero, Carranza y Obregón, buscaban básicamente el poder. Otros, como Villa y Zapata, sostenían como banderas principales la disminución de las desigualdades sociales mediante el reparto agrario y las mejoras laborales y de las condiciones de vida de los campesinos y obreros. Sorprende que en este clima de alta inestabilidad política se diera un gran desarrollo de la antropología mexicana. Uno de sus principales impulsores fue el judío estadounidense Franz Boas (1858-1942), de la Universidad de Columbia. La dura crítica que hizo a la antropología evolucionista y a la idea de la inferioridad racial innata renovaron la antropología norteamericana. Boas, reconocido como el maestro de antropólogos estadounidenses, mexicanos y de algunos países latinoamericanos, residió en México entre 1911 y 1914, y promovió la construcción de la Escuela Internacional de Arqueología y Etnología en México, la cual fue inaugurada el 20 de enero de 1911 (Urías 2007, p.78). Esta escuela ayudó a la formación de nuevos

antropólogos mexicanos, especializados en los estudios de las lenguas indígenas y la cultura, específicamente el folklore y los mitos.

Boas hizo importantes aportaciones a la antropología mexicana. En primer lugar, enfatizó el enfoque académico, resaltando la importancia del estudio de la diversidad cultural de los pueblos. Ello contrastaba con otras corrientes antropológicas que había en México, las cuales perseguían un fin preponderantemente político, que era el de incorporar a las poblaciones indígenas a una realidad posrevolucionaria mediante un proceso de homogenización, con la consecuente pérdida de la diversidad cultural. Otro de los objetivos principales de Boas fue el eliminar los compromisos burocráticos de la investigación antropológica, lo que representó un cambio fundamental, pues la mayoría de los mexicanos desarrollaban sus investigaciones dentro de agencias gubernamentales cada vez más burocratizadas. Finalmente, uno de los aspectos más importantes para Boas fue desarrollar la etnología y la lingüística, mientras que el grupo de los antropólogos que trabajaban en el gobierno mexicano se interesaban más por desarrollar la arqueología y por construir una mitología que glorificaba el pasado indígena de México, lo cual, además de promover el turismo, tenía como objetivo la construcción de una nación unificada desde el punto de vista racial y cultural (Urías, 2007, p. 59-60).

Boas hizo una clasificación de la especie humana. La subdividió en grupos característicos de determinadas áreas geográficas e hizo notar que las diferencias físicas no coincidían con la clasificación de los pueblos (Harris, 1982, p 257). Sin embargo, esta idea no fue bien aceptada entre los antropólogos influyentes de México, ya que Boas los criticó por su tendencia a teorizar en detrimento de la investigación empírica. Su clasificación siguió un criterio cultural y no racial. Boas sostenía que no existían razas superiores ni inferiores, puesto que todos los grupos humanos tenían más o menos los mismos niveles de capacidades y cualidades, por lo que perdía sentido clasificar a las razas y a las naciones mediante un criterio evolutivo.

Boas hizo una crítica importante a los pensadores mexicanos que se apegaban al enfoque evolucionista, señalando que las diferencias entre los grupos humanos provenían de elementos históricos y culturales, no de diferencias somáticas. Llama la atención que esta concepción de Boas cierra el círculo recorrido por la antropología moderna desde sus inicios, pues tal concepción coincide esencialmente con la que había planteado más de un siglo antes Blumenbach, quien entendió claramente la diferencia conceptual entre raza y cultura.

De esta manera, a pesar de la influencia directa de la enseñanza antropológica de Boas en México, el grupo de antropólogos ligados al poder político mantuvo su apego al marco teórico positivista y evolucionista que habían heredado desde el siglo XIX (Harris, 1982, p 241).

A pesar de las valiosas aportaciones de Boas a la Escuela Internacional de Arqueología y Etnología en México, finalmente fue sustituido como profesor y director. La causa, o mejor dicho el pretexto para despedirlo, fue su falta de dominio del idioma español. Con este pseudoargumento, lo despojaron de su puesto, aunque en el fondo la razón fue que sus ideas no coincidían con las de los antropólogos mexicanos influyentes, quienes intentaban aportar su parte a la construcción de una ideología del nacionalismo mexicano (Urías 2007, p. 130). Más tarde, su lugar fue ocupado por Manuel Gamio (1883-1960), quien había estudiado en la Universidad de Columbia, Nueva York, desde 1909 hasta 1911 precisamente con Franz Boas. Gamio fue considerado como uno de los primeros antropólogos mexicanos que rechazaron el racismo europeo, para sostener la idea de la igualdad de todas las razas, negando la superioridad de los mestizos e indios, en contra de la idea vasconceliana de la raza cósmica. Al respecto Gamio comentaba en 1916:

... no existe la pretendida inferioridad innata que se atribuye a algunos [...] grupos en relación con otros, sino que es producida por causas de educación y medio. (Suárez, 2005, p. 90).

Si bien en ello coincidía Gamio con su maestro, tuvo ideas muy diferentes en otros aspectos fundamentales. Boas consideraba que las diferencias culturales eran fundamentales para caracterizar a los grupos raciales, puesto que las agrupaciones de las razas blanca, indígena y mezclada diferían entre sí en lo referente a tradiciones. Sin embargo, el enfoque que adoptaron los antropólogos y arqueólogos mexicanos, entre ellos Gamio, fue diferente. Su vínculo con el aparato estatal y con el poder le permitió modelar las instituciones. Elaboró un argumento nacionalista, con el que justificó su ascenso político. Ensalzó sobre todo las ideas de unidad racial y cultural (Urías, 2005, p. 96 y 102). La mayoría de los pensadores mexicanos que apoyaban el indigenismo, el pensamiento vasconceliano o la eugenesia, estaban a favor de la idea de la mezcla racial y de la homogenización tanto racial como cultural. Ello implicaba descartar el interés fundamental de Boas por el estudio de la diversidad cultural, su enfoque humanista y el desarrollo de la etnología.

Sin embargo, algo quedó de la influencia de Boas en Gamio, quien desarrolló un indigenismo basado en la dignificación de los rasgos y la sangre india de los mexicanos. Surgió así el concepto del mestizo y su cultura, como el verdadero protagonista de la historia nacional (Lomnitz, 1993, pp. 189).

El Instituto Indigenista Interamericano a cargo de Gamio tenía como objetivo mejorar las condiciones biológicas, económicas, culturales y psicológicas de los grupos indígenas y mestizos. El primer problema que surgía para conseguir tal propósito era el de conocer con precisión el número de individuos de la población mexicana y saber cuántos de ellos eran indígenas y cuántos mestizos. Sin embargo, para Gamio éste no era el problema principal. El objetivo de su programa no era el de mejorar el tipo racial de los aborígenes, sino el satisfacer sus necesidades económicas y culturales, aun cuando los grupos indígenas se encontraran en las etapas evolutivas más bajas (Gamio, 1972, p.27). Gamio ilustra

su postura con el caso paradigmático de Benito Juárez, un indio de cepa, quien a pesar de su sangre indígena, había llegado a ocupar el sitial más alto de la nación mexicana gracias a la educación. Según Gamio, no tenía sentido aplicar el programa indigenista en personajes tales como Benito Juárez, el arzobispo Próspero Ma. Alarcón o el ilustre literato Ignacio Manuel Altamirano, quienes por su formación y educación habían dejado de ser indígenas. Lo importante no era la raza, sino la cultura.

Gamio considera al mestizaje como la influencia biológica más importante para los indígenas, ya que esta raza tiene un desarrollo biológico generalmente deficiente. Sin embargo, aclara que esta deficiencia no se debe a factores hereditarios, sino más bien es producto de las malas condiciones económicas. Destaca que la sangre indígena posee una mayor cantidad de defensas contra enfermedades autóctonas que la de los blancos. Gamio cree que la insuficiente alimentación es quizá el factor que influye más directa y perjudicialmente en el desarrollo de los grupos indígenas (Gamio, 1972, p. 112). Se puede apreciar así que Gamio difiere radicalmente con la idea del diplomático francés Gobineau, quien creía que este tipo de factores no influían en el mejoramiento de la raza. Gamio propugnaba por una política indigenista que restituyera a los indios su dignidad (Gamio, 1966 p. 61).

Además del proyecto indigenista, otro enfoque que intentó el mejoramiento de la raza indígena fue la eugenesia, desarrollada principalmente por Francisco Galton (1822-1911), quien la definió como “la ciencia que trata de todas las influencias que mejoran las cualidades innatas, o materia prima de una raza y también aquellas que la pueden desarrollar hasta alcanzar la máxima superioridad” (en Suárez, 2009, p. 333). En su obra más popular llamada “El genio hereditario” publicada en 1869, Galton sostiene que los factores externos como la educación y la nutrición juegan un papel prácticamente nulo. La eugenesia se empleó en muchos países, incluido México, como el sustento teórico para implementar políticas de sanidad.

En México existen antecedentes de la eugenesia desde el último cuarto del siglo XIX, la cual se presentaba como una teoría que tenía como fin el integrar a los indios a la nueva nación y resolver problemas de salud de los pobres. En 1921 se llevó a cabo el 1º Congreso Mexicano del Niño, con el fin de orientar la reproducción y el mejoramiento de la raza mexicana. Allí, el Dr. Antonio F. Alonso sostenía la necesidad de que el estado actuara activamente sobre la herencia de la población mexicana. Para tal fin, debería propiciar un medio evolutivo estimulante en el que se reprodujeran los más aptos. Alonso creía que la idea de la igualdad racial no era más que un mito. Concebía a la evolución como un proceso lineal, y empleaba esta idea para justificar su posición racista:

En las etapas inferiores se encuentran la raza negra, más cercana al hombre primitivo y del antropopiteco, con su ángelo (sic) facial agudo, su mandíbula prognata, sus brazos largos, su cerebro pequeño, su inteligencia ínfima. Nada de verdadero valor debe el progreso humano a dicha raza [...]

La raza amarilla cuyos representantes esenciales los constituyen los japoneses y los chinos, se caracteriza por sus grandes aptitudes de imitación. El progreso esencial del Japón se ha basado en su asimilación a la civilización europea. Admiramos las grandes virtudes colectivas de ese pueblo, [...] pero de la raza amarilla jamás ha surgido un Newton, un Pascal, un Lavoiser [...]

¿Y qué decir de la raza cobriza?, de aquella que constituye el problema indio en nuestra Patria, único por su magnitud, en Hispano América? [...] sumergida en el Nirvana de su hierática indiferencia? [...]

El problema indianista mexicano no sólo estriba en levantar por medio de la cultura la personalidad del indio, sino evitar como un corolario, su cruzamiento con razas inferiores. *El cruzamiento del indio con el amarillo o el negro haría surgir indudablemente productos regresivos hacia etapas inferiores de la especie [...].* ¿Y qué diremos de la raza blanca, la primera de todas, ella ha creado la ciencia, el progreso, la civilización? (Suárez, 2009, p. 335).

Alonso menciona que el problema del mexicano indígena se debe a su complejo de inferioridad. Por ello recomienda evitar la cruce de la raza indígena (cobriza) con la raza amarilla y con la negra, las cuales también son inferiores. Alonso fue un convencido de las ideas racistas europeas, según las cuales, el

desarrollo científico y la civilización eran cualidades exclusivas de la raza blanca (Suárez, 2009, p. 336).

Cabe destacar que aunque el objetivo del programa eugenésico era el mejoramiento de la raza indígena y la reducción de algunos problemas sociales como la delincuencia y la criminalidad, hubo posiciones extremas que propugnaron por la aprobación de una ley para esterilizar no solo a los criminales, sino también a los homosexuales, a los enfermos mentales, a los leprosos y a las prostitutas.

Así, tanto el enfoque indigenista como el de la eugenesia coincidieron en buscar con gran interés el despertar un sentido nacionalista en los indígenas, el primero mediante la homogenización tanto racial como cultural, y el segundo mediante la supresión de las cruces entre las razas inferiores.

Aunque el darwinismo tuvo una influencia innegable entre la intelectualidad mexicana (Moreno, 1984, p. 214), el Lamarckismo nunca fue desterrado y contribuyó también a formar la ideología de los intelectuales mexicanos. Se aceptó ampliamente la idea de que los seres humanos podían tener modificaciones a través del proceso de adaptación a su medio, las cuales podían ser heredadas a sus descendientes. Esta idea se mezcló de manera *sui generis* con la teoría de la evolución por selección natural y la supervivencia del más apto (Suárez, 2005, p. 99).

Etapas	Intelectuales.	Influencia de las ideas extranjeras	Contribuciones	Condiciones en las que se encontraba la raza indígena de acuerdo con cada pensador mexicano
México independiente.	José Ma. Luis Mora (1794-1850)	El filantropismo de Rousseau, del "salvaje noble y feliz"	Dividió a la población en tres clases: españoles, indios y castas	Para Mora los indios se encontraban en el mayor abatimiento y degradación
	Ignacio Ramírez "le Nigromante" (1818-1879)	Apoya la fusión de todas las razas a diferencia de Gobineau. Coincide con Agassiz en el origen diferente de las distintas razas humanas.	Apoyo la salvación de la cultura de las razas indígenas así como de su lengua, para poder entender y salvar a la raza indígena.	Para el Nigromante, el indígena podía alcanzar el mismo nivel que la raza blanca solo hacia falta que tuviera una educación eficaz para lograrlo.
	Francisco Pimentel (1832-1893)	Apoyó la idea del racismo científico quien estudiaba las mediciones de la capacidad craneal y del ángulo facial.	Los indios contaban con la misma capacidad craneal e intelectual de la raza europea. Apoya la migración de los blancos.	La raza indígena se encontraba en un estado de degradación debido al maltrato que han sufrido por parte de los europeos.
Recepción del Positivismo en México.	Justo Sierra (1848-1912)	Doctrina positivista y el darwinismo de Spencer, rechazando el determinismo	Apoya la mestizofilia.	Considera al indio en un atraso evolutivo, pero al mestizo como

		biológico.		el factor dinámico de nuestra historia
Rafael de Zayas Enríquez (1848-1932)	de	Adoptó un determinismo biológico	Planteo la idea de que por medio de programas adecuados ayudarían a alcanzar el mismo grado intelectual que la raza blanca.	Encontró grandes defectos en los indios: como la ausencia de un sentimiento patriótico y la incapacidad de amar, típicos de una raza degenerada
Francisco Bulnes (1847-1924)		Teoría de corte ambientalista, apoyo la idea de que el clima, la administración la inmigración, las instituciones, el gobierno y la mezcla de sangres sería la opción para mejorar a la raza indígena a diferencia de Gobineau. Considera a los trópicos malditos	Sus ideas se basaron en una dieta adecuada para mejorar a la raza indígena	El indio era una raza desmejorada.
Andrés Molina Enríquez (1868-1940)		Apoya la teoría de Darwin de selección y adaptación a su medio	Apoyó la idea de que la mezcla entre el indio y el español se llevara acabo de padre	Concibe al indio como pasivos y taciturnos. pero a los mestizos

El surgimiento de la antropología en México	Franz Boas (1858-1942)	Apoyó la idea de Blumenbach, sobre la importancia de la cultura para la clasificación de las razas	Resaltó la importancia del estudio de la diversidad cultural de los pueblos. Trató de eliminar los compromisos burocráticos de la investigación antropológica. Desarrollo la etnología y la lingüística	español y como la raza madre más fuerte, indígena, enérgicos, haciendo una perseverantes relación entre y serios. raza y género.	Para Boas no existían razas superiores ni inferiores, puesto que todos los grupos humanos tenían los mismos niveles de capacidad y cualidades.
	Manuel Gamio (1883-1960)	Apoya la mezcla de raza a diferencia de Gobineau e incluye la idea del filantropismo, desarrollado en Europa en el siglo XIX.	Creo el Instituto Indigenista Interamericano	Considera al indígena como una raza	

Discusión

Con el inicio de la antropología, se elaboraron clasificaciones sobre las razas humanas bajo la premisa de que la raza blanca era la raza superior. Rousseau hizo una división entre razas civilizadas e incivilizadas. Desde un enfoque filantrópico, creía que las razas menos privilegiadas se podían mejorar mediante el clima y la educación hasta alcanzar un nivel de desarrollo igual al de la raza blanca. En la escuela antropológica de Göttingen, Blumenbach hizo una clasificación que fue ampliamente aceptada. Sin embargo, puntualizó que había una clara diferencia conceptual entre raza y cultura. Los estereotipos raciales, definidos morfológicamente, no se podían asociar directamente con las cualidades intelectuales, morales o culturales.

El filantropismo y la antropología alemana coincidieron en aceptar la idea del origen común de todas las razas humanas. Sin embargo, entre las décadas de 1840 y 1860, dicha idea se revirtió con el surgimiento del racismo científico. Se revivió la vieja tesis poligénica, aunque ahora con un halo de objetividad científica. Ya podía justificarse de manera 'natural' la esclavitud.

El racismo científico surgió primero en Inglaterra, pero tuvo su mayor auge en los Estados Unidos. Uno de los fundadores de esta escuela, George Morton, lo revistió de objetividad con la medición volumétrica de numerosos cráneos de las diferentes razas humanas. Ciertamente produjo abundantes datos empíricos, aunque sin deshacerse de sus prejuicios. Sus resultados sólo sirvieron para reafirmar sus ideas preconcebidas sobre la superioridad de la raza blanca. Si la investigación científica, objetiva e imparcial demostraba que el negro no estaba emparentado con el blanco, se justificaba sacarle provecho, al igual que se hacía con el resto de los animales. Uno de los personajes que tuvo mayor influencia en el desarrollo de la ideología racista fue el diplomático francés Arthur de Gobineau. Su trabajo sobre la desigualdad innata sobre las razas humanas fue traducido al inglés por otro de los propagandistas más furibundos del esclavismo en

Norteamérica, el médico cirujano Josiah Clark Nott. Con ellos se afianzó la idea de que la mezcla de la raza blanca con las demás razas impuras desembocaría ineluctablemente en la decadencia y la extinción de la civilización.

El racismo científico fue evidenciado con la publicación de *El origen de las especies*. El poder explicativo de la teoría de la selección natural fue ganando adeptos. Ya por la década de 1880, la teoría darwinista, junto con su tesis monogénica, había logrado imponerse al poligenismo del racismo científico. Sin embargo, persistió la idea de la superioridad de la raza blanca, pues ahora las diferencias raciales se podían explicar como el resultado de diferentes estadios de evolución alcanzados por la especie humana. De cualquier manera, la teoría de Darwin abrió nuevos horizontes a la antropología. El modelo darwinista se extrapoló al ámbito de las sociedades humanas. El darwinismo social explicó las diferencias de poder y riqueza tanto entre individuos como entre naciones, como la consecuencia natural de la supervivencia del más apto.

A pesar de que Darwin apoyó la tesis de que todas las razas humanas tenían un mismo origen, admitió que existían diferencias entre los pueblos civilizados y los pueblos salvajes, idea que sirvió muy bien a los intereses del expansionismo europeo.

Las ideas provenientes de distintas corrientes, principalmente de la antropología clásica, del racismo científico y de la antropología evolucionista se evidencian claramente en los primeros antropólogos mexicanos, quienes las mezclaron y adaptaron de diversas maneras aunque coincidiendo en un punto común: el interés por desarrollar un concepto de la nacionalidad mexicana. Desde la década de 1880 se iniciaron los estudios antropológicos sobre la raza indígena. Los intelectuales mexicanos intentaron caracterizar las diferencias raciales de acuerdo con las ideas provenientes del extranjero.

El tema de la raza ya había sido abordado anteriormente por pensadores liberales y conservadores, entre ellos José Ma. Luis Mora, Ignacio Ramírez, Francisco Pimentel, cuyo propósito era el de integrar al indio al nuevo proyecto de estado y nación. Es importante mencionar que la mayoría de ellos estuvieron en contra del racismo, aunque no pudieron liberarse del todo de las ideas racistas. Al adoptar el mestizaje como el medio para homogenizar la nueva nación, aceptaban implícitamente la inferioridad del indio.

Después de las crisis económicas y políticas que convulsionaban al país, llegó Porfirio Díaz a la presidencia. Surgió entonces un nuevo grupo de intelectuales ligados al poder que se dedicó a buscar la solución del problema social que representaba la profunda pobreza en que se encontraba la raza indígena. Este grupo, al que se llegó a conocer popularmente con el mote, de los 'científicos', partían de la premisa que el indígena debía ser excluido de los asuntos políticos, pues los consideraban incapaces de tomar decisiones y carentes de opinión propia.

La corriente que más influyó entre los científicos fue el positivismo del filósofo francés Augusto Comte. Los intelectuales mexicanos adoptaron su idea de que las diferencias raciales no estaban relacionadas con la capacidad intelectual ni moral y que los logros sociales entre las razas tenía como causa las condiciones sociales. No era la herencia, como afirmaba Gobineau, el factor determinante. Sin embargo, también fue común la aceptación del darwinismo spenceriano, que justificaba la riqueza de algunos cuantos privilegiados como el resultado de la lucha por la existencia y la supervivencia de los más aptos. La enorme desigualdad de la sociedad mexicana y la explotación de los pobres se podían ahora explicar como el resultado de una ley natural. Surgieron así diferentes propuestas, a veces internamente contradictorias, para el nuevo proyecto de nación.

Rafael de Zayas Enríquez fue uno de los científicos porfiristas que abordó el problema de la raza mexicana. Afirmó que la raza indígena era una raza degenerada, aunque admitió que podía mejorarse mediante una adecuada educación. Podría incluso lograrse que el indio alcanzara una inteligencia semejante a la del blanco. Ideas como éstas fueron comunes entre los intelectuales mexicanos, quienes mezclaron ideas del filantropismo que se había desarrollado en Europa durante el siglo XVIII con la idea del determinismo hereditario que proponían tanto el darwinismo social como del racismo científico.

Es impresionante como las ideas europeas fueron modificadas a tal punto que de pensar que el filantropismo había sido desplazado por la teoría de Darwin a pensar como la mayoría de los intelectuales mexicanos que el filantropismo era la mejor opción para el indio mexicano, incluso como Bulnes quien consideraba que por medio de la alimentación y el medio ambiente podía modificar la condición del indio, idea que desde Rousseau se llevaba a cabo.

Los intelectuales mexicanos nunca se pudieron desprender de la idea de una superioridad de la raza blanca, fue tanto su apoyo a esta teoría que la mayoría de los pensadores mexicanos apoyaba la idea de la mezcla con la raza blanca y excluía al negro de dicha mezcla. Un ejemplo de ello, fue Justo Sierra, quien mencionaba repetidamente el rechazo de mezclar al indio con el negro.

Llama la atención que entre los pensadores mexicanos nunca destacó el extremismo de lograr la mejora racial mediante el exterminio físico de los indios. Más bien fue común la idea de propiciar la mezcla de la raza india con la blanca y el aculturamiento como medidas para la mejora y la homogenización de la población nacional. Se usó incluso la idea de la raza pura de Gobineau para argumentar que la raza mexicana era, al igual que la aria, una raza pura, de modo que la mezcla entre ambas no produciría híbridos degenerados.

Después de la Revolución, aparecieron nuevas ideas en la antropología mexicana. Franz Boas, quien residió en nuestro país de 1911 a 1914, promovió la creación de la Escuela Internacional de Arqueología y Etnología en México, de donde salió la nueva generación de antropólogos mexicanos.

Boas concordaba con las ideas desarrolladas tiempo atrás por Blumenbach, quien tenía clara la diferencia conceptual entre raza y cultura. Sin embargo, su influencia no fue lo suficientemente fuerte para contrarrestar las propuestas de blanqueamiento y homogenización que recetaron los nuevos ideólogos de la nación.

Mientras que Boas le dio la mayor importancia al estudio de la diversidad étnica, su alumno Manuel Gamio impuso la política de la homogenización tanto racial como cultural. Se creó el Instituto Indigenista con el propósito de mejorar las condiciones biológicas, económicas, culturales y psicológicas de los grupos indígenas. Otro movimiento que surgió con cierto ímpetu fue el de la eugenesia, que propuso como medida práctica evitar la reproducción de personas con problemas de salud o genéticos, con el fin de mejorar a la raza y reducir algunos problemas de la sociedad.

El darwinismo y el lamarckismo se mezclaron también para apoyar la idea de que la raza indígena se podía mejorar mediante el medio ambiente y la educación. Este proyecto de mejora podía además complementarse con medidas que promovieran la inmigración de individuos de raza blanca que se cruzaran con los indígenas, el cual suponía tácitamente la superioridad adaptativa de los blancos.

Conclusiones

Es importante señalar una constante común en la cual coincidieron desde diferentes perspectivas teóricas tanto monogenistas como poligenistas, creacionistas como evolucionistas y evolucionistas darwinianos como no darwinianos: la admisión tácita o implícita de la superioridad de la raza blanca. La superioridad del más apto que proponía el darwinismo se había constituido en un elemento esencial de la ideología opresora del mundo occidental. Esta idea común sirvió para liberar de su complejo de culpa al hombre blanco y también para aceptar como un hecho natural el sometimiento ejercido por los estados del hemisferio norte sobre los demás habitantes del orbe. Las naciones expansionistas ya podían justificadamente ejercer el dominio y la explotación de los pueblos más débiles. Desde diferentes escuelas y enfoques, se propaló la idea de que la única raza autorizada para dominar la Tierra, era sin duda la raza blanca en virtud de su superioridad biológica.

En México, desde la segunda mitad del siglo XIX y principios del XX, se dio una discusión acerca de cómo se debía forjar la nacionalidad mexicana. Prevalció la idea de que era preferible favorecer al mestizo que a la propia población indígena. Ello se puede observar en el discurso de muchos intelectuales mexicanos, quienes pretendían homogenizar la población nacional y transformarla en una raza mestiza, que fue anunciada como la nueva raza superior.

Se puede concluir que en el conjunto de los pensadores mexicanos analizados, se encuentra el intento por adaptar las ideas extranjeras en sus afanes por edificar un nuevo gobierno, nuevas instituciones y programas educacionales bajo la premisa de que el mestizo, tan frecuentemente abominado por los pensadores europeos, representaba ahora la raza suprema en virtud de que conjuntaba las mejores cualidades de la raza blanca e india.

La tesis de la pureza racial aria sostenida por Gobineau se considera en la actualidad científicamente insostenible. No existe evidencia empírica que apoye la idea de que las capacidades del hombre estén determinadas por la raza, ni de que la mezcla racial provoque la decadencia de las culturas. Sin embargo, la idea sostenida por muchos raciólogos mexicanos de que la hibridación causaba el mejoramiento tampoco tuvo una base empírica.

La mayoría de los pensadores mexicanos desestimaron el determinismo biológico como el factor clave para el progreso de una civilización, apartándose así de una importante corriente anglosajona. Aunque aceptaron la idea darwinista de la superioridad del más apto, nunca abandonaron por completo las ideas filantrópicas en su intento de transformar las condiciones de las clases menesterosas. Muchos raciólogos de nuestro país rechazaron el fatalismo del racismo científico. Por el contrario, aceptaron que el indígena era un sujeto sobre el que se podía ejercer una acción regeneradora a través de instituciones y programas de ayuda, con el propósito de cambiar los hábitos de conducta, de trabajo y de higiene personal. A pesar de que el evolucionismo lineal concebía al indígena en un estado de atraso evolutivo en relación con la raza blanca, los pensadores mexicanos sostuvieron que era posible regenerarlo e incluirlo en un proyecto moderno de sociedad.

Aunque es claro que las diferentes ideas acerca de las razas han estado particularmente influidas por factores sociales externos, habría que evitar la tentación de caer en simplificaciones burdas. Una posición extrema del constructivismo social sostiene que la ciencia no es más que una mera convención social, sin relación relevante con el conocimiento del mundo natural. Si bien esta concepción podría aplicarse a algunas pseudo teorías como la del racismo científico, resulta difícil aceptar sin más la posición de las corrientes dominantes en sociología y antropología, según la cual, cualquier afirmación de que los genes condicionan nuestras vidas no es más que puro racismo, de modo que la cultura lo es todo y los genes nada.

En su afán por construir la identidad del pueblo mexicano, muchos intelectuales mexicanos apoyaron la idea de la homogenización cultural. Ello tuvo una implicación importante: el mantenimiento de un racismo oculto contra la raza indígena, la cual, sólo a través de la mezcla con la raza blanca, podía aspirar a un mejoramiento social. Estos pensadores, lejos de apoyar una política de protección hacia el sector indígena de la sociedad, mostraron por lo general gran indiferencia e incluso desprecio por él, considerándolo como un impedimento para el proyecto progresista, que abriera la posibilidad a la naciente nación mexicana de competir con los demás países extranjeros.

LITERATURA CITADA

- Ackerknecht, H. E. (1955), "George Forster, Alexander von Humboldt, and Ethnology", *Isis*, 46 (2): 83-95.
- Agassiz, L. (1868). A journey in Brazil. Ed. Ticknor and fields. Boston. p. 540.
- Aguirre B. G. (1969). Oposición de raza y cultura en el pensamiento antropológico mexicano, *Revista Mexicana de Sociología*, UNAM, 31 (1): 51-71.
- Bernal I.; P. Carrasco; D. Cosío – Villegas; L. Díaz; E. Florescano; B. García – Martínez; L. González – González; A. Lira; J. L. Lorenzo; J. A. Manrique; J. L. Martínez; M. Menegus; L. Meyer; C. Monsiváis; L. Muro; B. Ulloa; J. Zoraida Vázquez; L. Villoro. (2008). Historia General de México. Versión 2000. 9ª edición. Ed. El Colegio de México. México D.F. p. 1076.
- Bowler, P. (1996). Life's Splendid Drama. The University of Chicago Press. Chicago & London. p. 39-391.
- Brown, J. (1983). The secular ark: Studies on the history of biogeography. Yale University Press, New Haven and London.
- Carrasco, P. Broda, J. *et al.* (1976). Estratificación social en la Mesoamérica Prehispánica, Instituto Nacional de Antropología e Historia. México D.F. p.300.
- Ceceña, C. J. L. (1970). México en la órbita imperial. Ed. El caballito, México D.F. p. 271.

- Cockcroft J. D. (1978). Precursores intelectuales de la revolución mexicana. Ed. Siglo veintiuno. México D.F. p. 289.
- Colmenares, M, I. *et al.* (2007). Cien años de lucha de clases en México 1876-1976, Ed. Quinto Sol, México, p. 372.
- Cordón F. (2006). Darwin: El origen del hombre y la Selección en Relación al Sexo. 7ª Ed. Biblioteca E.D.A.F. p. 523.
- Cusió, V. D. Bernal I. *et al* (1988), Historia General de México Tomo II.. Ed. El colegio de México. Segunda edición. México D. F. p. 1548.
- Darwin, C. R. (1880). El origen del hombre la selección natural y la sexual. Ed. Trilla y Serra. Barcelona. p.262.
- Delgado de Cantú G.M.(2003). México, estructuras política, económica y social. Ed. Pearson Educación. 2ª edición. México. p. 394
- Dirk, R. W. (1977). The Antipositivismo Movement in Prerevolutionary México, 1892-1911. *Journal of Interamerican Studies and World Affairs*. Miami, USA. 19(1): 83-98.
- Doremus, A. (2001). Indigenism, Mestizaje, and National Identity in Mexico during the 1940s and the 1950s. *Estudios Mexicanos* 17(2): 375-402.
- Eigen, S. (2005). Self, Race, Ant Species: J. F. Blumenbach's Atlas Experiment. . *The German Quarteli*, 78 (3): 277-298.
- Escobar, V.G.A. (1974). "El Liberalismo Ilustrado del Dr. José María Luis Mora", UNAM, México D.F. p. 324.

- Florescano, E. Gil, S, I. (1976). "La época de las reformas Borbónicas y el crecimiento económico, 1750-1808", en *Historia general de México*, Vol. I. El colegio de México. México D.F. p. 473-589.
- Gall, O. (2004). Identidad, exclusión y racismo: reflexiones teóricas y sobre México (Identity, Exclusion and Racism: Theoretical Considerations), *Revista Mexicana de Sociología*. UNAM, 66 (2): 221-259.
- Gamio Manuel (1966) Consideraciones sobre el problema indígena de México. Ed. Instituto Indigenista Interamericano. 2ª Edición. México D.F, p. 254.
- Gamio Manuel. (1972). Arqueología e Indigenismo. Ed. Setenas 24. México D.F. p. 233, introducción por: Eduardo Matos Moctezuma
- Gobineau J.A. (1915). The inequality of Human Races, traducido por Adrian Collins M.A. G.P. Putnam's Sons. New York p. 253
- Gobineau J.A. (1973). Gobineau. Escritos Politicos. Ed. Extemporaneous. Mexico D.F. p. 269.
- Gould, S. J. (1978). Morton's Ranking of Races by Cranial Capacity. *Science, New Series*, 200 (4341): 503-509.
- Greene, J. C. (1954). Some Early Speculations on the Origin of Human Races. *American Anthropological Association*, 56 (1): 31-41.
- Harris M. (1982). El desarrollo de la teoría antropológica. Historia de las teorías de la cultura. Madrid, España: Siglo XXI de España editores, S. A. p. 689.

- Herzog, S. J. (1980). De la historia de México 1810-1938. Documentos fundamentales, Ensayos y Opiniones. Tomo IV. Ed. Siglo XXI. México, D.F. p.300.
- Lomnitz, C. (1993). Hacia una antropología de la nacionalidad mexicana. *Revista Mexicana de Sociología*. UNAM. México D.F. 55(2): 169-195.
- Lomolino, M.V.; B.R. Riddle & J.H. Brown. (2006). Biogeography. Sinauer Associates, Inc. Sunderland, Massachussets. p. 845.
- Lorimer, D. A. (1997). Science and the Secularization of Victorian Images of Race. En: B. Lighthman (ed.) *Victorian Science in Context*. Chicago and London, The University of Chicago Press p. 212-235.
- Lurie, L. E. (1954). "Louis Agassiz and the race of man". *Isis*. 45 (3): 227-242.
- Maciel, D. R. y Jélomer, B. R. (1984). Ignacio Ramírez "El Nigromante": escritos periodísticos 1. Centro de Investigación Científica. Ing. Jorge L. Tamayo, A.C. México.
- Maciel, R. D, (1980), Ignacio Ramírez Ideología del Liberalismo Social en México, UNAM, México D.F. p. 179.
- Menand, L. (2002), Morton, Agassiz, and the Origins of Scientific Racism in the United States, *The Journal of Blacks in Higher Education* No. 34, p. 110-113.
- Molina E. A. (1909). Los grandes problemas nacionales .Ed. Era. México p.523.

- Mora, J.M.L. (1963). Obras sueltas de José María Luis Mora, Ciudadano Mexicano, 2da edición. Ed. Porrúa S.A. México D.F. p. 757.
- Mora, J.M.L. (2008). Filosofía Republicana. Ed. La Guillotina. México, D.F. p. 60.
- Moreno, R. (1984). La Polémica del Darwinismo en México: siglo XIX. México, D.F. UNAM. p. 372.
- Papavero, N. & Llorente-Bousquets, J. (2004). Historia de la Biología Comparada. Desde el Génesis del Siglo de las Luces. Cap. CXXII. Los Forsters y la Biogeografía. Volumen VII, UNAM, México, p. 186.
- Pimentel, F. (1864). Memoria sobre las causas que han originado la situación actual de la raza indígena de México y medios de remediarla. Imprenta de Andrade y Escalante. México. p. 261.
- Popkin R. (1987). Isaac La Peyrere (1596-1676): His Life, Work and Influence. Edition Hardcover, Publisher Brill Academia Publisher, p.241.
- Ralph, L. (1977). Estudio del Hombre. Fondo de Cultura Económica. México D.F, p. 486.
- Relancio A. M. (2008). "Los comienzos de la antropología: la antropología física" en *Ciencia y cultura de Rousseau a Darwin*, Actas años XV y XVI del seminario "Orotava" de Historia de la Ciencia, publicadas por la Dirección General de Ordenación e Innovación Educativa de la Consejería de Educación Cultura y Deportes del Gobierno de Canarias, Edición en CD-Rom, 2008, p. 1-25

- (1967) Gillaspie William. Reviewed work(s):Francisco Bulnes. Su vida y sus obras. by George Lemus Source: The Hispanic American Historical Review, Published by: Duke University Press. 47(3):421-422.
- Rodríguez L. C. (1987). La interpretación nacional (1821-1851). En Garcia Moja. Antropología en México Panorama Historico. Ed. Instituto Nacional de Antropología e Historia, p. 215-2-227.
- Roeder, R. (1981). Hacia el México Moderno: Porfirio Díaz Vol. I. Ed. Fondo de Cultura Económica. México, D.F. p. 917.
- Ruiz, G.R. (1987). Positivismo y Evolución: Introducción del Darwinismo en México. UNAM. México. p. 250.
- Sámano R. M. A. (2004). El indigenismo institucionalizado en México (1936-2000): un análisis. En José Emilio Ordóñez Cifuentes (Coordinador) La construcción del Estado nacional: democracia, justicia, paz y Estado de Derecho. XII Jornadas Lascasianas. Serie Doctrina Jurídica. Núm. 179. Instituto de Investigaciones Jurídicas. UNAM. México.
- Sanchez-Guillermo, Evelyne. « Nacionalismo y racismo en el México decimonónico. Nuevos enfoques, nuevos resultados », *Nuevo Mundo Mundos Nuevos*, Debates, 2007, [En línea], Puesto en línea el 30 enero 2007. URL : <http://nuevomundo.revues.org/3528>. Consultado el 16 octubre 2010.

- Sapir, E. (1929): 'The Status of Linguistics as a Science'. In E. Sapir (1958): *Culture, Language and Personality* (ed. D. G. Mandelbaum). Berkeley, CA: University of California Press.
- Sierra, O. J. (1994). *Los indios de Yucatán*. Tomos 2 . México. UNAM Yucatán. Dirección General de Extensión.
- Sloan P. (2008). The Buffon-Linnaeus Controversy. En: Llorente, J.; Ruiz, R.; Zamudio, G. y Noguera R. (eds.). *Fundamentos Históricos de la Biología*. UNAM, México. p. 271-294.
- Sloan, P. R. (1979). Buffon, German biology and the Historical interpretation biological species. *Brit. J. Hist. Sci.* 12: 109-153. En: Papavero, N.; Llorente-Bousquets, J. y Bueno-Hernández. A. (eds.). *Principia Taxonomica. Una introducción a los fundamentos lógicos, filosóficos y metodológicos de las escuelas de taxonomía biológica*. UNAM. México p. 99-122.
- Stabb, M. (1959). Indigenism and Racism in Mexican Thought: 1857-1911, *Journal of Inter- American Studies*. Miami. 1(4): 405-423.
- Suárez L y L-G. (2005). *Eugenesia y racismo en México*. UNAM. Culiacán México D.F. p. 280.
- Suárez L. Y L-G. (2009). Eugenesia, migración y profilaxis social en México. En: H. M. Bertol – Domínguez; M. Romero – Sá; M. A. Puig – Samper; R. Ruiz Gutierrez (orgs). *Darwinismo medio ambiente sociedad*. Rio de Janeiro. pp. 333-344.
- Urías, H. (2005). "Fisiología y Moral en los Estudios sobre las Razas Mexicanas: Continuidades y rupturas (Siglo XIX y XX)". *Revistas de Indias*. LXV(234): 355-374.

- Urías, H. (2007). *Historias Secretas del Racismo (1920-1950)*. Ed. Tiempo de Memoria Tusquets. México, p. 264.
- Wallis, B. (1996). Black Bodies, White science; The Salve Daguerrotypes of Louis Agassiz. *The Journal of Blacks in Higher Education*, 12: 102-106.
- Yáñez, A. (1962). Don Justo Sierra. Su vida, sus ideas y su obra. UNAM, 2ª. Ed. México, D. F. p. 199
- Zea, L. (2005). *El Positivismo en México: Nacimiento, Apogeo y Decadencia*. Ed. Fondo de Cultura Económica. México D.F. p. 481.